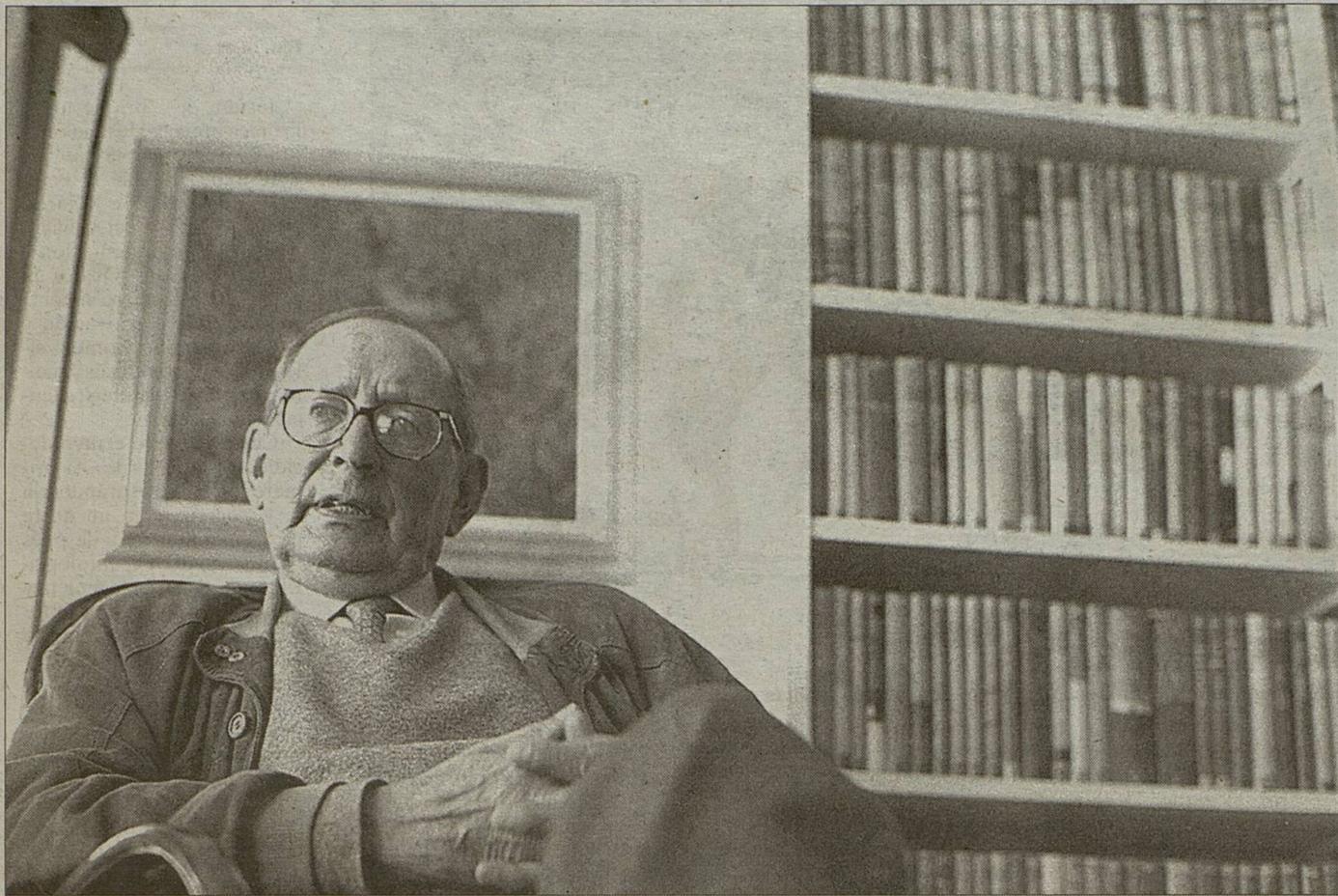


Cultura y Espectáculos



El escritor vallisoletano Miguel Delibes, en su biblioteca. FOTO R. GOMEZ

MIGUEL DELIBES acaba de publicar 'He dicho', un libro misceláneo

«Hago referencia a todas las cosas que me han interesado en la vida»

Hace más de quince años, en agosto de 1985, Miguel Delibes publicó una crónica de su viaje por Croacia y en ella, de alguna manera, anunciaba los trágicos

acontecimientos que mucho tiempo después dividirían Yugoslavia. Ahora, ese paseo forma parte del último libro del escritor vallisoletano, 'He

dicho', un conjunto de recuerdos, preocupaciones, retratos de personajes y opiniones sobre el mundo que le rodea.

María Aurora Viloría. VALLADOLID

En el prólogo de su último libro, editado por Destino en la colección Ancora y Delfín, Miguel Delibes escribe que *He dicho* -latiguillo de los oradores de antaño que apenas usa nadie hoy- le ha parecido una frase oportuna para cobijar bajo ella un puñado de escritos dispersos:

-Es un libro misceláneo, porque hay en él una serie de recuerdos, respuestas a encuestas, algún pequeño discurso, algún artículo, notas. Es el resultado de un vaciado de los cajones, donde todavía quedaban algunas cosas. Pero creo que, tal vez, su interés deriva de que en todos estos pequeños trabajos hay material para construir una semblanza autobiográfica.

-El libro está estructurado en seis capítulos que agrupan los distintos temas, sin embargo no

hay en él una unidad cronológica.

-No, hay cosas que se refieren a hechos muy antiguos, por ejemplo un viaje a Croacia que hice hace más de quince años. Pero lo he recogido porque hay unas valoraciones un poco proféticas. Me llamó la atención la persistencia de la imagen de Tito, que se encontraba en las pequeñas tiendas, en las confiterías, en las zapaterías. Y eso te hacía pensar en qué iba a ocurrir, porque a través de esas imágenes de rebótica se podía adivinar una cierta tensión en las minorías del país.

«Hay material para una semblanza autobiográfica»

-¿Quizá sea que el escritor, como el periodista, ve cosas que a los demás les pasan inadvertidas?

-Quizá sí. A mí me llamó la atención el medio geográfico, y escribí que la topografía croata me parecía creada para la lucha partisana, para la guerra de guerrillas. Sí, hay en ello como un

vaticinio, como una inquietud por lo que estoy viendo. Fui a comprobar en qué se diferenciaba Yugoslavia del resto de los países de la órbita soviética y, en lugar de eso, me llamó la atención que el espíritu de Tito seguía imponiendo su disciplina social. Lo que me hacía pensar

que el día que desapareciera, todo se iría al garete, que es lo que ha ocurrido.

-En el prólogo de *He dicho* usted afirma que el libro viene a refrendar medio siglo de literaturas, ¿se lo ha planteado como un resumen?

-Hay en el libro escritos de to-

dos los tiempos, desde mi primera juventud a la vejez actual. Son una serie de consideraciones de todo tipo, naturaleza, gente, política, literatura. Hago referencia a todas las cosas que particularmente me han interesado en la vida, o valoraciones que pueden llevar a ciertas conclusiones. Creo que todo esto que he espigado, incluyendo algunos artículos muy recientes, van dando una imagen del escritor.

-Después de este trabajo ¿no piensa en escribir una nueva novela?

-No, de momento, no, pero no te digo que cualquier día no aparezca. Porque no depende tanto de mí como de los personajes, que me requieren y me intimidan para que trace el retrato de sus vivencias. Y eso puede ocurrir en cualquier momento.

De cine

-Eso hizo Lorenzo, el protagonista de su última novela, *Diario de un jubilado*, que Mario Camus va a llevar ahora al cine.

-No sé mucho de esa película, porque ni el director ni los productores me han dicho si la están haciendo o si la van a hacer, y ese silencio me hace pensar que puede ocurrir de todo. En todas las demás que se han hecho sobre mis novelas, excepto la que dirigió Alcoriza sobre *'La sombra del ciprés es alargada'*, he cambiado impresiones con los directores, porque los dos pensábamos que ese encuentro era bueno para la película. Pero puede ocurrir que no entre en sus cálculos pedir mi opinión.

-En cambio, si ha asistido al rodaje de *Las ratas*.

-Sí, estuve dos veces con Giménez-Rico y Teo Escamilla, que es el director de fotografía, aunque tal y como se hace el cine, con preparaciones y repeticiones de escenas, como mucho en un día, si aciertan, se consigue un minuto de película. Pero estoy contento, porque me han hecho caso y no se ha filmado de un tirón, sino respetando las cuatro estaciones, que son fundamentales en la novela. Aunque creo que es un filme difícil, porque hay que contar con el comportamiento de los animales, que es imprevisible si no están amestrados.

El tiempo y las estaciones

M. A. V. VALLADOLID

Aunque en *Las ratas* las estaciones se convierten en un protagonista más, en todas las novelas de Delibes el tiempo juega un papel fundamental. «Lo doy mucha importancia porque son aspectos de la vida que me interesan, todavía estoy sorprendido por este no verano que hemos tenido. Además, son circunstancias que influyen en el comportamiento del hombre».

Y el escritor que, como siempre, se ha refugiado de los calores que no han existido al norte de Burgos y ha despedido al verano entre pinares vallisoletanos, sigue disfrutando con las cosas que «siempre me han gustado y que no he dejado. Umbral ha dicho: no fuma, no bebe, no escribe. Nada de eso es cierto, fumo

menos, bebo menos y escribo menos. Incluso, sigo dedicando un tiempo al ocio, aunque ya no cace de sol a sol, sino dos horas y media, y juegue siempre los partidos de tenis de dobles. Con la edad no he abandonado nada, sino reducido su ejercicio».

Delibes, el escritor con más novelas convertidas en películas, sigue amando el cine, a cuyo Centenario dedica un espacio en el libro. Y le gusta en la soledad de la sala, ante la gran pantalla, «con el misterio de las luces rojas y de los timbres». Por eso no ve películas en la televisión, que deja para las retransmisiones deportivas, el fútbol, el ciclismo, los reportajes y los grandes documentales sobre la naturaleza.

Todo este mundo, la tierra, la caza, los libros, los amigos, está en este libro, que se cierra con el discurso pronunciado cuando recibió el Cervantes y que tituló *Una vida vivida*.

Delibes: «Abordar unas memorias sin ser protagonista es hacer oposiciones al fracaso»

El escritor publica «He dicho», recopilación de medio siglo de artículos y apuntes

Miguel Delibes ha recopilado medio siglo de artículos y apuntes en «He dicho» (Destino), su nuevo libro. El autor define esas piezas como las teselas de un mosaico sobre el mundo rural, la literatura, el periodismo, la ecología, los amigos,

el cine y en el que profetiza sobre el avispero de los Balcanes. Dice Delibes que abordar unas memorias sin ser protagonista «es como hacer oposiciones al fracaso». Pero, en el fondo, como dice de Francisco Pino, le gustaría «ser sin estar».

—A medida que iba recopilando apuntes y artículos, ¿qué reflexiones le inquietaban?

—Siempre que revuelvo papeles viejos me invade un sentimiento de nostalgia. Cada palabra, cada frase, pone en pie todo un mundo que uno creía superado y casi olvidado. Elegir entre tanta nota, artículo o recuerdo, ha sido más una ocupación sentimental que literaria.

Teselas de un mosaico

—Usted ha confesado que nunca ha escrito por obligación sino por necesidades personales y siempre que sintiera que la inspiración le donaba sus gracias. ¿«He dicho», dados los temas abordados —el mundo rural, la literatura, el periodismo, la ecología, los amigos, el cine, etcétera— se asemeja en algún modo a una autobiografía?

—Me dicen eso. Me dicen que a través de estos retales se adivina una biografía. Yo creo que este conjunto de piezas son más bien como teselas con las que he tratado de construir un mosaico. Ese intento de mosaico es «He dicho», libro que responde a épocas distintas y temas y preocupaciones muy variados que no siempre afectan directamente a mi persona.

—¿Cabe esperar de Miguel Delibes, agradecido pero tímido y huidizo de homenajes y actos públicos, un recorrido literario vital impreso que nos acerque al hombre que confiesa que le cuesta escribir?

Huir de las vanidades

—Ese recorrido vital impreso que usted dice serían, más o menos, unas memorias, pero lo primero que una persona necesita para afrontar esta tarea es creerse importante. Abordar unas memorias sin considerarse uno protagonista es hacer oposiciones al fracaso. No, yo no me creo un tipo interesante. Sin embargo sí considero interesantes algunas personas que he tratado o alguna cosa que me ha sucedido pero eso puede recogerse en un pequeño libro como yo he hecho en este sin necesidad de dar la lata a los lectores.

—¿El mundo de la escritura sabe de vanidades? ¿Son éstas

cada vez más importantes que los propios libros?

—A eso iba. A mí, las memorias me parecen con mucha frecuencia fruto de la vanidad y en ese sentido suelen molestarme. Eso no quita para que reconozca que hay personalidades que han vivido momentos críticos, no suficientemente aclarados, que están moralmente obligados a decirnos lo que pasó entonces y qué papel jugó él aunque sea a veces desairado. Comprendo que esto es mucho pedir y que el memorialista tiende siempre a justificarse y a maquillar todo lo posible sus actuaciones.

—Cuando los jóvenes le interrogan acerca de por qué escribe, ¿cree que le preguntan como si usted fuera una suerte de brujo?

Un trabajador corriente

—Eso pasó a la historia. Considerar al escritor un ser diferente —un brujo— se dio en un tiempo pero ya no es así. Hoy un escritor es una persona corriente, lo que no sucedía en tiempos de mi paisano Zorrilla que fue condecorado en Granada con una co-

«La cosechadora se ha llevado por delante centenares de vocablos»

Miguel Delibes vive en un piso céntrico de Valladolid, ciudad con varios cientos de miles de habitantes, industrial, universitaria, capital de comunidad autónoma, entre otros enseres acarreados durante siglos o incorporados en este final de centuria. Pero el autor de «Diario de un cazador» nunca ha olvidado el campo. Su figura de cazador es más que conocida. En las páginas que ha dejado en la literatura española, palabras, vocablos, frases con sabor a meseta, a uva arrancada a la cepa. Miguel Delibes mantiene en su pluma el olor de las espigas, las mieses y las eras.

—¿Qué vamos a perder o a ganar con la transformación del mundo rural?

—Perder ya hemos perdido: centenares de vocablos que hacían referencia a las faenas tradicionales, siembra, recolección y

trilla que se ha llevado por delante la cosechadora. Se han perdido también aquellos abuelos que contaban historias y que han sido arrumbados por la televisión. Estas son pérdidas culturales, sentimentales si usted quiere, pero, además, el campo ha perdido seguridad. A los campesinos se les dice que dejen tantas hectáreas en barbecho, que maten las vacas y que descepen las viñas. Y se les subvenciona por ello. Yo me siento europeo pero celebraría que los labradores tuvieran un mentor que les fuera anticipando qué va a ser de ellos en el futuro, cuando la Unión Europea sea un hecho.

—¿Visto lo ocurrido en la ex Yugoslavia, de la que usted incluye en su libro un texto sobre la Croacia prebélica, piensa que el hombre europeo está revestido de falsos ropajes o, por lo contrario, lleva en su cultura la guerra fratricida, que tan profundas y lamentables huellas dejó en la Historia de España?

El avispero de los Balcanes

—Los Balcanes fue siempre un avispero. Conflictos de razas, de religión, de intereses. Únicamente un ser carismático y dictatorial como el señor Tito pudo meter en cintura un país como Yugoslavia. Pero en mi crónica yo anticipaba que el día que se disipase la memoria de Tito, y los tenderos descolgasen su fotografía de sus negocios, serbios, croatas y musulmanes vol-

MD



Miguel Delibes

verían a las andadas. Ahí lo tiene usted. En este caso ha imperado la pequeña vanidad y he seleccionado este recorte para presumir un poco de profeta ya que el artículo fue publicado en 1985.

Ser sin estar

—Usted, cazador de escopeta, senderos pateados por tierras de Castilla y charla, ¿cree que la ecología es un invento, necesario, de la ciudad?

—La ecología se inventó con la vida. Y ha llegado a ser tan decisiva que la vida depende ahora de ella. Las relaciones entre las especies y con el entorno son fundamentales. Pero los políticos no parecen ir por ahí, no quieren darse cuenta que la salvación del Planeta depende de una determinación colectiva, que un hombre solo o un país solo nada pueden ante este problema.

—En ocasiones se le ha visto azorado por los elogios que su obra y trayectoria intelectual le han reportado. ¿Ha pensado firmar y publicar alguna vez con pseudónimo?

—No me ha dado por ahí. nunca he querido ocultar o disimular que el autor de mis libros era yo. Esto tiene un aspecto que no me agrada, el de ser conocido. A mí, como digo de Paco Pino, me gustaría ser sin estar.

Espontaneidad

En el prólogo de «He dicho», Miguel Delibes recuerda que la frase que da título a su obra es «una fórmula consagrada por el uso con la que los oradores de antaño solían rematar sus intervenciones» para dar «espontánea fe de su perorata».

—¿Qué espera usted de los lectores: ideas preconcebidas sobre su literatura o el descubrimiento de un nuevo mundo?

—De mis lectores siempre espero lo mismo: que me sigan leyendo y, si es posible, que aumenten.



EL MUNDO DE VALLADOLID



Dirección: Esgueva, 13. 47003 Valladolid ☎ (983) 42 17 00 Fax: 42 17 17 Publicidad 42 17 15 Depósito Legal: ZA-175-1993. IMPRIME: CALPRINT S.A., Cañada Berciana, s/n. Benavente. Redacción en Madrid. Dirección: Pradillo, 42. 28002 Madrid. ☎ (91) 586 47 00 y 586 48 00. Télex: 49353 y 49444. Fax: (91) 586 48 48. Delegaciones en el País Vasco. Bilbao: Ctra. Bilbao-Galdakano, 20. 48004 Bolieta. ☎ Administración (94) 473 91 00 Redacción (94) 473 01 90, 473 01 98 y 473 01 99. Fax: (94) 473 02 08. San Sebastián: Plaza del Cedro, 2. bajo. 20016 ☎ (943) 39 03 01 y 39 40 02. Delegación en Cataluña. Dirección: Diputació, 119-121. 08015 Barcelona. ☎ (93) 496 24 00. Fax: (93) 496 24 08. Baleares: C/Gran. Herrerías, 42. (Polígono de San Casto) 07003-Palma. ☎ 76 76 00. Fax: 20 18 07. Galicia-Santiago. Dirección: Rúa dos Feans, 9. 15705 ☎ (981) 59 32 00 Fax: (981) 59 35 71. Delegación en Andalucía. Dirección: Segura, 14-16. 1º A. 41001 Sevilla ☎ (95) 421 40 73 y 421 48 01. Fax: (95) 421 91 18.

Diario con guantes | FRANCISCO UMBRAL

Lunes 23

EL hombre que se inventó un teatro para una dictadura, sin ser él nada dictatorial, José Tamayo, el granadí adolescente e inspirado de mitad de siglo, cumple ahora 50 años con el teatro y, entre otras cosas, va a reponer *Luces de bohemia* en el Bellas Artes. Nada mejor que homenajearse uno a sí mismo con Valle-Inclán y la que Haro Tecglén considera la mejor obra del teatro español (estoy con él). En aquellos cincuenta lluviosos de «llanto militar», Tamayo fue la modernidad, y su musa rubia María Jesús Valdés. El marmolismo andante de los clásicos y la rosa de percal de la zarzuela pasaron por los escenarios de Tamayo, más Arthur Miller, las vanguardias, Buehr y el citado Valle. A uno le parece que Tamayo ha aspirado siempre al «teatro total», como Wagner, y de esta aspiración fija y valiente nos viene toda la calidad y cantidad del incansable director. Hoy es un clásico de la vieja vanguardia que condesciende al género chico y lo potencia. Tamayo «no se lleva» entre los jóvenes experimentalistas, pero a los de mi generación nos abrió los ojos al teatro, cuando no sabíamos lo que era eso, salvo el Tenorio y los Quintero. Tamayo ha sido un vanguardista tranquilo. No ha necesitado apedrear focos en escena para darnos la violencia de Brecht y otros. Pero en sus mejores años es que le tocó una España de buenas maneras y supo burlarla con un poco de Chapí y un poco de Mérida. El teatro o Tamayo, en fin. Enhorabuena, Pepón.

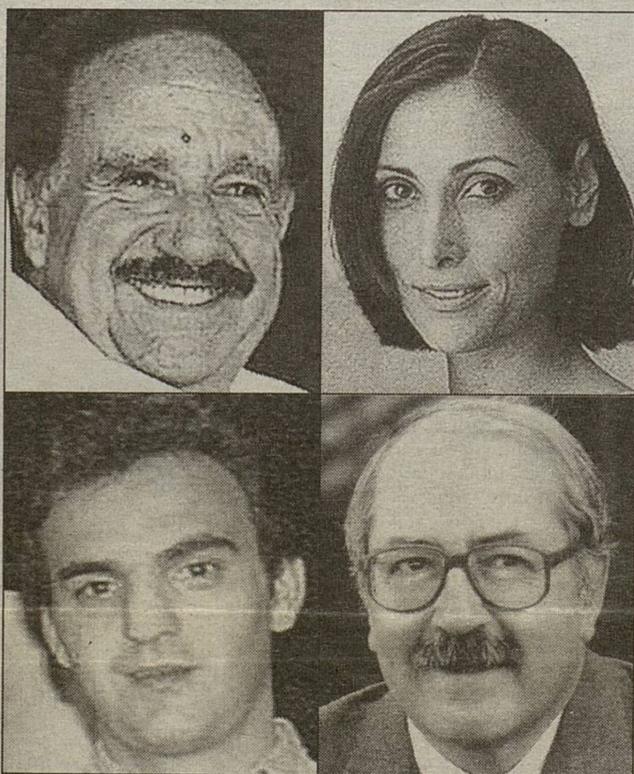
Martes 24

PRESENTO mi libro *Los Cuadernos de Luis Vives* en el Palacio. Fueron tres presentaciones en una, el nacimiento de una colección. Serrano Súñer no queda tan lejos del mundo de postguerra, de la provincia flaubertiana que se cuenta en mi libro, de los burgos podridos que

gloso o invento. Había una juventud que nacía entonces de espaldas a la guerra (civil y mundial), ignorando a Franco, Serrano, Hitler y todos aquellos «animales políticos» que estaban jodiendo Europa. Eran los artistas adolescentes de Joyce, los cachorros de Dylan Thomas, los rebeldes de Barea, que constituyen el asunto de mi libro. Una generación sin nombre que profesábamos en los

poetas del exilio y los prosistas clásicos, por huir de la cultura oficial que llegaba de Madrid oliendo a ministerio cuento, puta de Chicote y poeta oficial. El acto muy bien y las negritas no voy a repetir las. Creo haber escrito un libro de postrimerías, cerrando el círculo literario de mi vida. Pero esto no es una despedida, ojo, que la palabra acecha en uno como felino o crimen o metáfora.

De tamayos, mágicas, leguineches y Miguel Delibes



Tamayo, el granadí adolescente. Amo a María Barranco. Daniel Múgica pisa con pie cierto y Leguineche, hermanísimo, gana premio.

Miércoles 25

SILVIA Fuentes, la mujer de Carlos Fuentes, a la que conocí hace un año, me hace una larguísima entrevista para la televisión mejicana. Es una mujer bella, vulnerable, rubia pálida, sensible, delgadísima, que pregunta muy bien, sin agresión, pero con intención. Me cuenta que en Méjico tienen un canal dedicado exclusivamente a la cultura. Una idea que a Mónica Ridruejo supongo que le produciría la risa nerviosa y financiera. Querida Silvia Fuentes, aquí la Madre Patria os ha salido un poco hortera.

Jueves 26

FEBRIL, gripal, fatal. Me pierdo lo de Prada y lo de María Barranco, que por la noche estrenaba una peli de mucho asunto y risa. Amo a María Barranco, que me ha llamado para invitarme, pero un enamorado gripal no echa versos. Sólo moquea. Dicto dos artículos desde la cama y luego, entre las sábanas, me agarro a la última novela de Daniel Múgica, *La ciudad de abajo*, que es lo mejor que ha escrito hasta ahora, y que acaba de salir. Daniel ha pisado plurales caminos con pie incierto. Y ahora da, de pronto, con dos veneros que pueden serle muy fecundos y salvarle. La autobiografía desnuda, sin maquillajes tremendistas, o sea la sencillez, y la escuela americana del «realismo sucio», entre Carver y Bukowski, la Keruac hija, putita de motel y buena cuentista, etc. Esa poética de la carretera, el pico, la fumata de morfa, el polvo urgente entre corderos y la velocidad en la cara, novela de autopista, me ha interesado siempre por líricamente veraz, por verazmente poética. Pero me gusta aún más ahora, sin rehogados literarios, archivos rancieros ni plagios, en su desnudez americana de cosa evidente, vulgar, realísima, de lata vieja o hilo telegráfico donde siempre brilla una estrella diurna como chispa de algún dios pederenal. La prodigiosa salud americana, de Henry Miller a Bukowski, nos vuelve convalecientes a los

nicotinados escritores europeos. Múgica está en el buen camino. Veremos. El libro se lo presenta Cela. No sé si podré ir. Vive uno del paracetamol.

Viernes 27

MI hermanísimo Manu Leguineche gana el premio de ensayo de Espasa con *Los ángeles perdidos*, una gran fabulación real sobre la infancia estafada de todas las guerras. Leguineche es el maestro indiscutible de la no/ficción en España. Antes del verano me fascinó su *Annual* (todas mis tías tuvieron un novio en *Annual*, se quedaron viudas de guerra de *Annual*, y a estos temas dediqué una novela, *El fulgor de África*). Ahora, Manu ha vuelto a acertar con ese gran tema que estaba ahí. Un motivo universal, el caso más conmovedor del XX/XXI. Lo habrá hecho, seguro, con el minutismo de su gran información, con su veracidad emocionante, con su lirismo macho que no se nota. Qué estico abrazo nos dimos en su hora.

Sábado 28

ME envía Miguel Delibes su último libro, *He dicho*, donde cuenta, medita, reflexiona, entrevista, narra, mira hacia atrás y escribe. Se ha hablado poco o nada del Delibes meditador, que es uno de los grandes maestros del sentido común (todo lo contrario del sentido mostrenco). Nada afina ni afila tanto como el sentido común, que nos deslumbraba con sencillez, las raras veces en que se da. La honradez intelectual de Delibes se cuaja en una prosa seca y suya por la que pasan Jorge Guillén, Paco Pino, gentes y sitios, años y leguas, como en *Miró*, todo visto desde ese espartanismo bondadoso, con un alma de ojos claros, que es la personalidad entera de Miguel. Hoy ya no tengo fiebre. Fernando Delgado me hace una entrevista para la SER (muchas entrevistas para mi *Luis Vives*, cuando uno ya no tiene nada que decir, porque cada palabra de este libro es mi última palabra). La señorita años veinte de la portada fascina a todo el mundo. Mamá es que era así.

SI NO TE ABONAS, YA SABES LO QUE TE PIERDES...

FUTBOL DE PRIMERA

Real Valladolid S.A.D.

TODAVIA ESTAS A TIEMPO

	ADULTO	ESPECIAL	JOVEN/MUJER	CADETE	INFANTIL	FAMILIAR
GRADA NORTE	21.000	18.000	15.000	12.000	6.000	36.000
GRADA SUR	21.000	18.000	15.000	12.000	6.000	36.000
PREFERENCIA "B"	24.000	22.000	18.000	15.000	6.000	42.000
PREFERENCIA "A"	31.000	29.000	19.000	18.000	7.000	50.000
TRIBUNA "B"	33.000	30.000	19.000	16.000	6.000	52.000
TRIBUNA "A"	43.000	41.000	24.000	21.000	10.000	67.000
PALCOS PRIVADOS	50.000	37.000	33.000	24.000	12.000	83.000

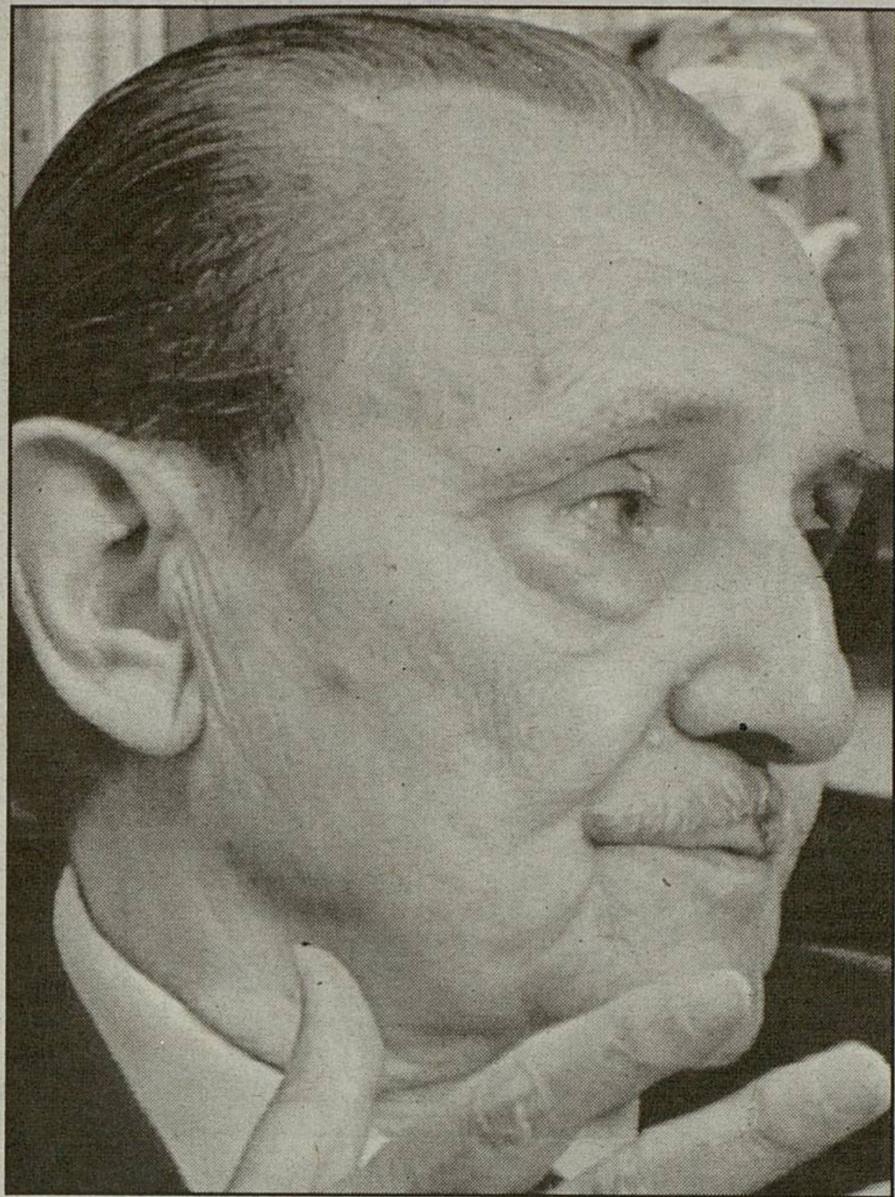
ADEMAS, CON NUESTRA FINANCIACION, PUEDES PAGAR TU ABONO EN 9 MESES.

VER COMODAMENTE LA MEJOR LIGA DEL MUNDO

PARTICIPAR EN LOS EXITOS DE TU EQUIPO

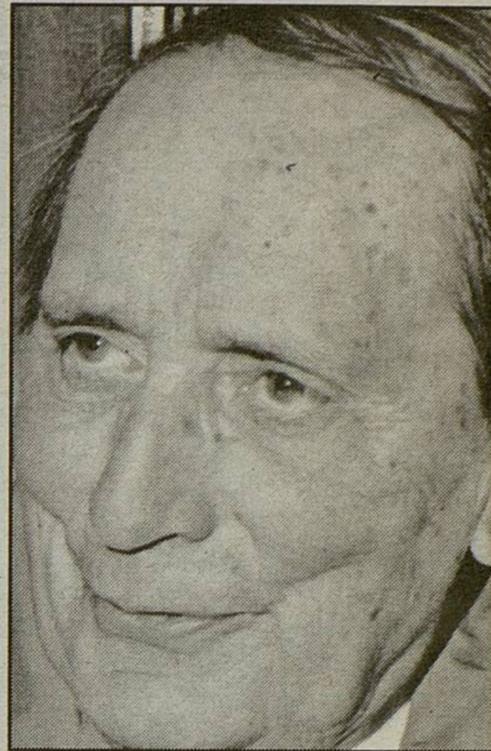
DISFRUTAR DE LOS PRECIOS MAS BAJOS DE 1º

las caras de la noticia



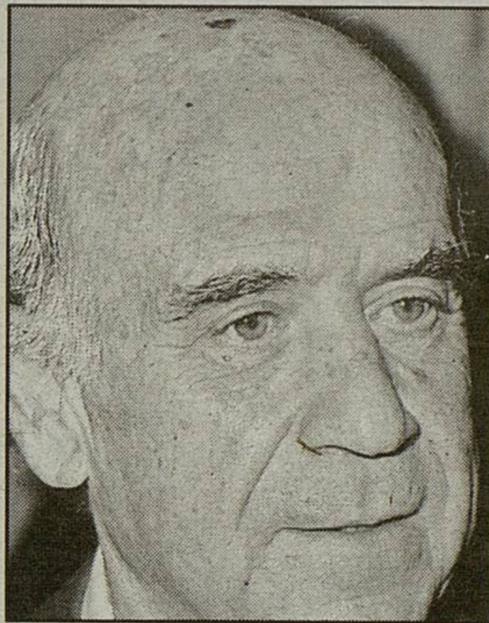
Antonio Buero Vallejo

Antonio Buero Vallejo cumple hoy ochenta años de edad. Con este motivo, la revista «ABC Cultural» le dedicó el pasado viernes un número especial de homenaje con artículos de José Hierro, Francisco Nieva, Fermín Cabal, José Luis Alonso de Santos y Ernesto Caballero y una entrevista de Juan Manuel de Prada



Miguel Delibes

«Abordar unas memorias sin ser uno protagonista es hacer oposiciones al fracaso», declara Miguel Delibes en una entrevista que el lector encontrará en páginas de Cultura con motivo de la publicación de su último libro, «He dicho», en el que recopila medio siglo de artículos y apuntes

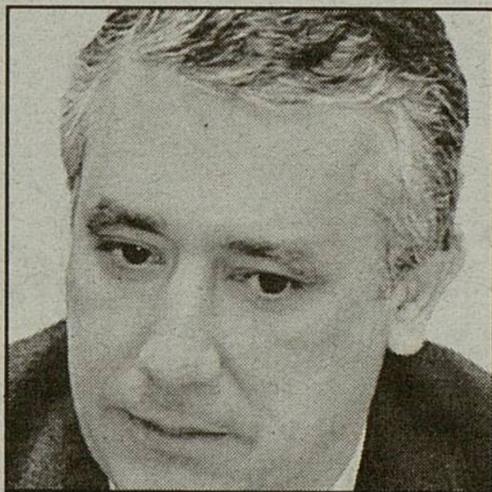


José Joaquín Ysasi Ysasmendi

José Joaquín Ysasi Ysasmendi, presidente de Azucarera Española, afirmó ayer ante la Junta de Accionistas que ha sido informado por el BCH de la venta de su participación de casi el 50 por ciento en este grupo. La venta de Azucarera reabre la reordenación en el sector. («ABC, Diario de Economía»)

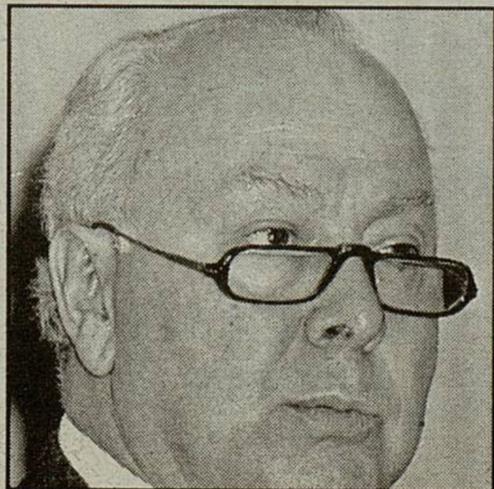
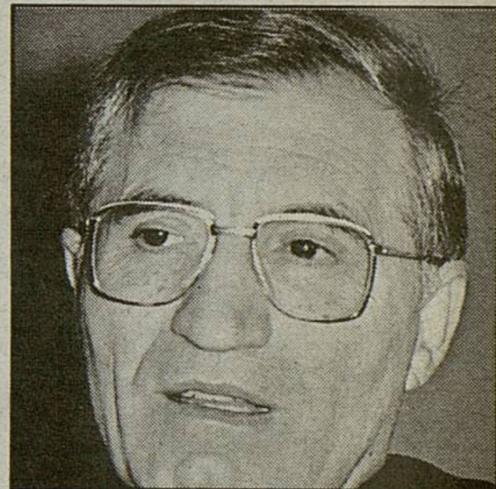
Javier Arenas

El ministro de Trabajo y presidente del PP andaluz pidió ayer al presidente de la Junta regional, el socialista Manuel Chaves, que «no intente romper la convivencia» en la Comunidad. Javier Arenas dijo que «nunca» entenderá el rechazo del Gobierno autonómico al nuevo modelo de financiación



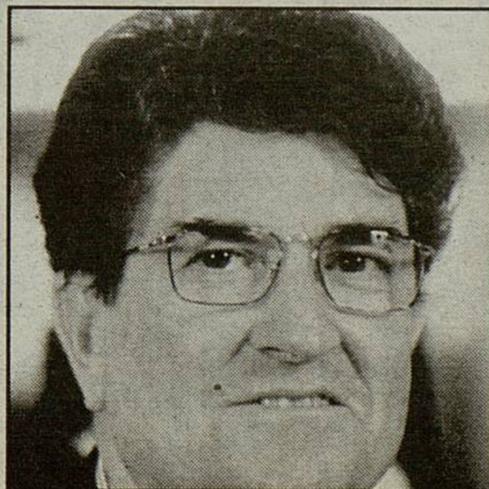
Monseñor Rouco

El arzobispo de Madrid denuncia en una carta pastoral escrita con motivo del Día de las Migraciones, que se celebra hoy, que muchos emigrantes se enfrentan a «razones legales incomprensibles e injustas» que les obligan a perder o les impiden alcanzar su regularización



Jesús de Polanco

El Pleno del Parlamento cántabro ha acordado por unanimidad de todos los grupos políticos, como informábamos ayer, nombrar hijo adoptivo al empresario Jesús de Polanco



Joaquín Sisó

El eurodiputado del PP ha exigido al Parlamento Europeo una mayor diligencia en la investigación abierta desde hace más de un año sobre las industrias papeleras con el fin de conseguir un abaratamiento en el precio del papel-Prensa

Fotos: Archivo

4-10-1996

He dicho

Miguel Delibes

Destino. Barcelona, 1996. 218 páginas, 1.900 pesetas



menos dispersos –baste más que menos, pues su unidad procede del personaje mismo de su creador, que nos habla en primera

HE aquí –felizmente– una segunda transgresión a lo que parecía ser la solemne promesa que Miguel Delibes pronunció al recibir el premio Cervantes hace ahora poco más de dos años, y que no era otra que la de abandonar el oficio de escritor. Aquí están recogidas sus palabras, en la sexta y última parte de esta recopilación de escritos anteriores –y posteriores, o sutilmente corregidos con posterioridad, como se verá– que incluye precisamente el discurso de recepción del premio citado: «... a lo que debo aspirar ahora –dijo aquel 25 de abril de 1994, en la solemne tribuna de oradores del paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares– es a conservar la cabeza suficiente para darme cuenta de que estoy perdiendo la cabeza. Y en ese mismo instante frenar, detenerme al borde del abismo y no escribir una letra más». Un año después, esta matizada «promesa» quedaba infringida con la aparición de todo un libro completamente nuevo, que además era una novela, integrada por lo tanto en lo que él mismo considera la parte fundamental de su obra –la narrativa de ficción– y que además recuperaba uno de sus más legendarios personajes, el bedel, cazador y emigrante ocasional Lorenzo, que ahí desgranaba su nuevo «Diario de un jubilado».

Un año más y he aquí un título más, aunque en esta ocasión el infringimiento pueda parecer menor, ya que en su mayoría los textos que componen «He dicho» son anteriores a la promesa citada. Aunque no del todo, como ya he dicho, pues algunas leves correcciones dan cuenta de la revisión posterior a que han sido sometidos, como cuando dice que repite algo ya incluido anteriormente «en este libro», libro que de toda evidencia no existía previamente a esta recopilación; y además, todo un largo capítulo recoge, convenientemente fechados del 22 de octubre al 20 de diciembre de 1995 –y aquí la posterioridad es evidente– textos de un «Diario de caza» hasta ahora inexistente en su bibliografía. Y que conste que estas 24 páginas son espléndidas, de las más hermosas de este nuevo libro, que hasta se pueden colocar al lado de las de aquella maravilla de la literatura cinegética –de la literatura «tout court»– que nos proporcionó hace ahora justamente cuatro años la emocionada elegía de «El último coto».

Bien, se trata por tanto de una recopilación de trabajos, lo que podría hacernos pensar que estamos ante un título «menor», dentro de la ya extensa obra de su autor, uno de los mejores creadores con que cuenta nuestra literatura viva en este final de siglo y desde hace ya casi medio, efemérides que celebraremos dentro de dos años, es de esperar que juntos Delibes y sus lectores, ya que su salud física y mental parece incuestionable, superados ya los tres cuartos de siglo de edad. La caza, el deporte y la naturaleza sientan bien a su esencial austeridad castellana, felizmente. De ahí que el primer dato a constatar sea el de que no hemos llegado, ni él ni sus lectores, a ese «borde del abismo», que hace dos años temía, pues ni ha perdido la cabeza, ni mucho menos, ni sus lectores vamos a perder por ahora –y durante bastante tiempo por lo que estamos viendo– el placer de seguir disfrutando de los nuevos libros que nos proporcione.

Además, a estos niveles, ya no se sabe muy bien dónde podemos colocar estas «obras menores», pues cuando se alcanza la debida calidad cualquier papel que salga de las manos de un gran escritor no solamente tiene un evidente interés para sus lectores, sino que



«Los grandes escritores son aquellos en cuya obra penetramos como por nuestra casa, por allí nos paseamos, respiramos, podemos amar, oler, saber y sentir placer. No, Delibes dice que ha dicho pero tiene que seguir diciendo, pues los escritores de raza no pueden dejar de escribir jamás»

muchas veces resulta esencial para iluminar aspectos de su vida y obra que les (nos) resultan completamente imprescindibles. Por lo que a mí respecta, cuando encuentro un escritor que me fascina, suelo perseguir sus títulos de manera bastante apasionada, sus obras propiamente dichas, sus cartas, sus folletos, sus papeles privados y hasta los testimonios que sobre él se hayan escrito. Es el colmo del placer de leer, aunque algunos lo consideren puro morbo, y tanto mejor cuanto que muchas veces el propio creador nos suele facilitar la tarea (el caso más excelso quizá sea el de André Gide, de cuyos archivos suelen salir año sí y año no materiales increíbles o monumentales correspondencias que perpetúan su memoria). Estas obras menores nos resucitan las mayores, y cuando las leemos estamos releendo de nuevo –«leer es releer», ya se sabe– las otras que consideramos fundamentales.

Pues bien, eso es precisamente lo que sucede con este «He dicho», cuyos textos más o

primera persona y en directo– nos devuelven los temas fundamentales de toda su obra, y muchas de las aficiones, costumbres y testimonios que la han rodeado y la rodean. La primera parte del libro la forman sesenta páginas dedicadas a la naturaleza y a la caza, siempre tan presentes en el conjunto de su obra, desde el regreso del lobo hasta el «diario de caza» citado, pasando por la muerte de los ríos, la desertificación, los problemas de Doñana, el vino castellano, la evocación del doctor Rodríguez de la Fuente, las variaciones de tipos de animales según los cambios climáticos y ecológicos. Delibes es un cazador que critica la caza moderna, ésa que consiste en matar en cantidad, sea como sea, o los excesos idealistas de un ecologismo imposible –aunque él mismo lo sea en profundidad, con mayor sentido del equilibrio– y como es también un narrador nato, los textos se leen como si fueran cuentos, donde la mejor protagonista sigue siendo, como siempre, la perdiz roja silvestre, objeto en extinción de sus deseos.

La segunda parte está dedicada a su trabajo fundamental, la literatura, a evocaciones de amigos escritores –Guillén, F. Pino, Umbral– o admirados –Faulkner– o recientemente descubiertos, como Javier García Sánchez a través de su magnífica novela sobre el ciclismo que es «El Alpe d'Huez», a reflexiones sobre su propia obra, donde no sabe qué hacer con sus dos primeras novelas que considera frustradas, a pensar sobre el género novelesco, o a denunciar las trampas del periodismo amarillo. En la tercera se recogen reflexiones sobre el cine, pues siete de sus obras han sido llevadas a la pantalla, lo que le proporciona evocaciones emocionadas y análisis penetrantes. En la cuarta se incluyen algunas necrologías de amigos desaparecidos, pues la muerte está siempre presente en su obra. En la quinta confiesa algunos vicios ocultos, como jugar al póquer, y otros bastante visibles, como el uso de la boina, y recoge algunos discursos de respuesta a honras municipales y regionales que de vez en cuando sobre él recaen. Y en la sexta y última parte se incluye el citado discurso de recepción del premio Cervantes, el único texto de todo el libro que termina con la expresión que le ha dado título: «He dicho». Sí, ya lo dice también al principio, se ha perdido el uso de esa expresión, pero no es tan solo por su abandono, sino por el del género que la originó, pues apenas sobrevive en nuestros días el noble y antiguo arte de la oratoria.

Los grandes escritores son aquellos en cuya obra penetramos como por nuestra casa, por allí nos paseamos, nos acomodamos en su interior, allí respiramos, podemos amar, oler, saber y sentir placer. No, Delibes dice que ha dicho pero tiene que seguir diciendo, pues los escritores de raza no pueden dejar de escribir jamás, y que no vengan ahora con las excepciones sabidas pues no hay más que dos y felizmente Miguel Delibes no pertenece a ese género: por castellano, sentido del deber, fidelidad a sí mismo y a los demás, y por su propia ética. Que así siga.

Rafael CONTE



Delibes con voz propia

RAMON GARCIA

PASE la vida disfrazándose de otros...». Así se expresaba Miguel Delibes, refiriéndose a sus personajes, en su discurso al recibir el Premio Cervantes en 1994.

Todo novelista se disfraza de sus personajes de ficción, vive en ellos, habla con y por ellos. Y si hay algo, precisamente, que caracteriza la verosimilitud de un personaje novelesco, es la habilidad y arte del narrador para hacerle hablar como le corresponde. *En mi corta experiencia de narrador* —escribe Borges— *he comprobado que saber cómo habla un personaje es saber quién es; que descubrir una entonación, una voz, una sintaxis peculiar, es haber descubierto un destino.*

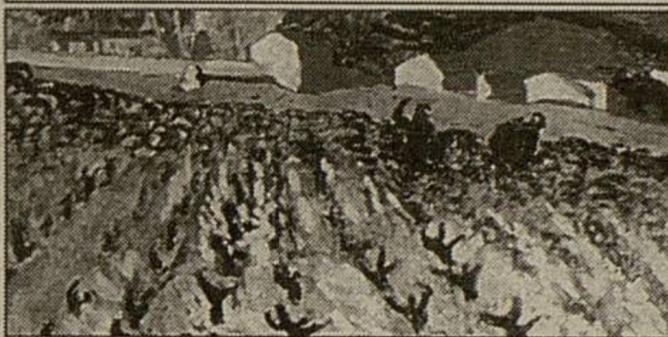
Miguel Delibes ha hablado por boca de sus innumerables personajes a lo largo y ancho de su narrativa y nos ha hecho saber, a través de sus diferentes y singulares registros, *quienes eran Daniel el Mochuelo, Menchu, Lorenzo el cazador, el señor Cayo, el Nini, Azarías o Pacífico Pérez* entre otros.

Con nombre y voz

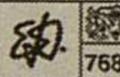
Pero Delibes ha escrito y publicado, además de novelas, una no menos corta lista de libros en los que es él mismo, con su propio nombre y voz, quien nos cuenta sus ideas, opiniones, reflexiones y hasta retazos de su vida o detalles sobre su propia obra literaria.

A esta serie pertenecen títulos como *Vivir al día*, *Un año de*

Miguel Delibes
He dicho



Ediciones Destino Ancora y Delfín



768

mi vida, *Un mundo que agoniza*, *El otro fútbol*, *La censura de prensa de los años 40* y otros ensayos, *Castilla habla*, *Mi vida al aire libre*, *Pegar la hebra*, e incluso alguno de sus libros de viajes, particularmente *La primavera de Praga* o *Usa y yo*.

Son textos en los que se entrecruza lo biográfico con lo ensayístico, la anécdota con la opinión, pero en los que la voz propia de Miguel Delibes se deja oír siempre sin la interferencia o vicaría de sus personajes, y siempre también con la claridad de ideas, la libertad de pensamiento, la independencia inte-

lectual y el estilo inconfundible de su prosa.

Nos llega un nuevo libro que añadir a esta serie y con un título en el que no cabe la menor duda de que es el propio Delibes quien dice lo que dice: *He dicho* se estructura en seis grandes capítulos en los que el novelista vallisoletano reflexiona sobre temas de hoy y de siempre tales como la ecología y la naturaleza, el cine, la literatura, el periodismo, la caza o la situación de la agricultura y agricultores españoles en el contexto europeo.

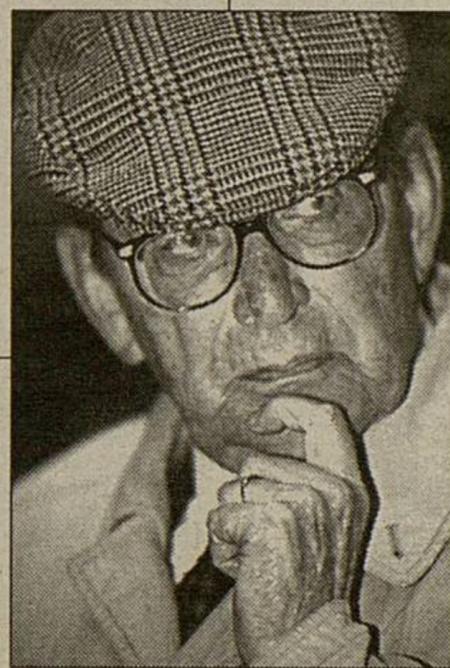
Rinde homenaje emocionado a algunos de sus grandes amigos de las letras, el arte o la vida; y el

lector vallisoletano encontrará, además, como coda final y regalo de paisanaje, dos espléndidas y sentidas evocaciones o semblanzas de la capital y la provincia.

Semblanzas que, como el resto del libro, contienen una fuerte carga autobiográfica y constituyen, en la voz inconfundible del novelista, la mejor manera —en

opinión de Borges— de *saber quién es Miguel Delibes*.

Este libro viene a refrendar —dice el propio autor en su breve prólogo— *lo escrito por mí desde 1947 hasta hoy, es decir, una cifra redonda: medio siglo de literaturas.* Y medio siglo de vida, nos permitimos añadir nosotros.



He dicho.
Miguel Delibes.
Ediciones
Destino. Ancora
y Delfín, 768.
216 páginas.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



Acaba de publicarse en Destino un libro de Miguel Delibes que reúne una miscelánea de artículos sobre diversos asuntos y donde se llevan la palma los dedicados a la caza, un deporte que para el autor de *Cinco horas con Mario* y *Los santos inocentes* debe estar vinculado a una ética fundamental que puede ser comparada a la de los torneos legendarios.



Miguel Delibes, escopeta al hombro, dispuesto para una jornada de caza, su pasión más fuerte y secreta junto a la literatura.

Delibes, el Cazador Solitario

La caza como una pasión, con su zona oscura e inexplicable, y como metáfora de muchos comportamientos éticos, queda sobriamente plasmada en esta nueva entrega del vallisoletano de tan certera palabra como puntería.

ROSA PEREDA

Entre Tordesillas y Valladolid, a la espera de que se abra la veda de la caza menor, con la perdiz como estrella, Miguel Delibes se protege de los periodistas. Destino acaba de publicar *He dicho*, un libro en el que Delibes recoge escritos, conferencias, artículos, opiniones y semblanzas, y en el que propina un par de varapalos a este oficio del periodismo, del que por otra parte da estupendas muestras en el propio libro, y concretamente al género de la entrevista y a sus posibilidades de manipulación. Con esa prosa limpia y eficaz, el libro alcanza sus mejores momentos en los textos dedicados a la caza, en las reflexiones del caminante en el paisaje castellano, en esa rebeldía casi plácida del cazador solitario.

Dice, por ejemplo: "El ideal de la caza sería, sin duda, la del hombre libre, sobre tierra libre, contra pieza libre". "Es sencillo", comenta Delibes: "Lo que yo envidio es la caza primitiva, al cazador prehistórico, al que, según Ortega, tratamos de imitar los hombres civilizados del siglo XX. Las trabas oficiales —indispensables para conservar las especies— van quitando encanto a este ejercicio que acaba por perder todo atractivo cuando el hombre se inmiscuye en el proceso reproductor, supe a la naturaleza, y fabrica en una granja los faisanes, las perdices o las codornices que hemos de cazar después. No sé si queda claro, pero la caza o es libre o, desgraciadamente, no es caza. Sería, a lo sumo, un pimpampum como el tiro al plato".

Pregunta. ¿Podría definir lo que usted entiende como la ética del cazador?

Respuesta. En todo deporte debe existir una ética subyacente. La antigua ley de los torneos: "armas iguales, condiciones iguales" debe llevarse a la caza, no porque vayamos a

armar a la perdiz con una escopeta, sino porque no abusemos de nuestra inteligencia para debilitarla. Yo sólo admito la caza en mano, o al salto, donde el cazador hace un esfuerzo físico y, sin otra compañía que la del perro, anda, suda, se cansa, en busca de la perdiz. Los ojeos, la conquista de la pieza aprovechando su hambre o su sed, la utilización de cimbeles o cintas que imiten la llamada de los animales, la caza con reclamo, etcétera, son ardides antes que caza. Soy el primero en reconocer el atractivo de estas modalidades, incluso su emoción, pero moralmente no puedo aceptarlas.

P. Creo que mucha gente envidiará de usted los hijos cazadores, y los nietos también cazadores y además, buenos.

R. Sí, mis hijos han salido cazadores —menos el que fue director de Doñana, que lo dejó—, y además buenos cazadores: andan como todoterrenos, se arman con rapidez, saben ver el campo, intuyen la pieza y tiran con excelente puntería. Hay uno de ellos, Germán, catedrático de Prehistoria en la universidad, que tiene un concepto de la deportividad muy estrecho, y así, hace dos años, decidió cambiar de escopeta, sustituyó el calibre 12 por el 20. Para el que no sea cazador, esto dice poco. Hay pues que aclarar que el círculo de plomeo de una escopeta del 20 tiene un diámetro mucho más reducido que la del 12, y, en consecuencia, acertar la pieza es infinitamente más problemático. Es como si al jugar una partida de tenis le dices a tu adversario una ventaja de más 15, menos 15. El colmo de la deportividad.

P. El perfil que usted hace de Félix Rodríguez de la Fuente coincide con la extendida idea de que poseía un gran magnetismo personal. Dígame, señor Delibes, ¿cuál es su relación con los animales?

R. En rigor, con algunos animales me entiendo a tiros, y no es cosa de venir ahora presumiendo de proteccionista. Sin embargo, ante mi sorpresa, los veterinarios de España me han dado un premio de "amor a los animales" y los biólogos de la Sociedad Española de Ornitología me han nombrado miembro de honor de la sociedad. En ella hay sabios muy calificados como los doctores Bernis o Purroy,

lo que me lleva a pensar que aparte mi actitud ante perdices y codornices, tan agresiva, hay otra parte de mí que es absolutamente amistosa y proteccionista. Esto me ocurre con los perros, los gatos, los caballos, con los animales en general, incluso con la perdiz cuando la apertura de la temporada no nos ha puesto frente a frente. ¡Qué se yo! Esto de la caza es una inclinación difícil de explicar.

P. Habla usted con algo de ironía del "sentimentalismo ecológico", ¿no?

R. Sí, claro, a veces me parece excesivo dejar de trazar una carretera necesaria porque pondría en riesgo a una especie de escarabajo no muy abundante en España. Son cosas que pasan y que me parecen desproporcionadas.

P. ¿Qué relación establece entre escritura de ficción y escritura literaria y periodismo? ¿Qué es para usted *El Norte de Castilla*?

R. Entre la literatura y el periodismo hay mayor relación de lo que parece. Umbral y Manu Leguineche, dos compañeros de *El Norte de Castilla* 60 lo están demostrando cada día. Yo recuerdo que con estos dos amigos, y otra media docena, entre los que estaban Alonso de los Ríos, Jiménez Lozano, el cura Martín Descalzo, creamos en los sesenta un diario inquieto, que cada día pisaba la raya de la censura, de forma que paso a paso íbamos ampliando el margen de libertad. *La Croix* dedicó un amplio elogio al periódico, que volvió a publicar el año pasado, con ocasión del estreno en París de *Las guerras de nuestros antepasados*. Fue aquel un gran momento del diario vallisoletano.

P. Ahora que el periodismo es algo más que el cuarto poder, ¿podría precisarme un poco su idea de un "tribunal de honor" o de cualquier otra forma de "control" en libertad?

R. De momento se puede decir que no hay prensa amarilla en España. Y sin embargo, algunos periodistas, afortunadamente pocos, tergiversan entrevistas y no muestran demasiados escrúpulos ante la intimidad de las personas. Antes que una ley de prensa —muy peligrosa— o dar poderes al Estado en estos menesteres, podría crearse un tribunal de periodistas que velase por el honor de la profesión. Nosotros mismos nos defenderíamos de nosotros mismos. Puede ser una solución.



DE LA PROFUNDA CASTILLA A LA EUROPA DE MAASTRICHT

En su libro es muy importante su posición respecto al papel de Castilla, esta tierra de sufridores, que durante toda la historia que recordamos ha dado más de lo que ha recibido. ¿Cómo ve en este momento el presente y el futuro de Castilla? "El presente, a mi juicio, sigue siendo aleatorio. Europa se obstina en que Castilla viva de la subvención, de que los labradores castellanos cobren por no hacer. Esto es desconocer a los campesinos de esta tierra. Ellos quieren una orientación para hacer lo mejor para ellos y para el país. Lo que no les agrada es que les ofrezcan dinero por sacrificar reses, o por dejar en barbecho la tierra, o por arrancar las cepas de la viña. A su juicio, esto no lleva a ninguna parte puesto que los excedentes pueden ser tales en Europa hoy, pero no mañana y en ningún caso en África o Suramérica. Es un problema largo y espinoso, pero nuestros labradores entienden que por encima de estas decisiones caprichosas, debe existir un concepto de solidaridad".

En sus textos más "castellanos" habla usted de las difíciles relaciones con la Unión Europea, y ofrece soluciones concretas, pero también preguntas y perplejidades. ¿Podría decir cuáles son los temas que más le preocupan en este sentido? "El futuro. Como castellano no estoy convencido de que Maastricht favorezca más a España. Es evidente que a España le conviene, como a todos, la Unión Europea. Hablo de desaparición de fronteras, moneda única, tranquilidad en



Las manos de Delibes: responsables últimas de su precisión con la pluma y el gatillo.

los cuarteles, etcétera. Pero, ¿qué va a ser mañana de Castilla? ¿Qué piensa Bruselas de nuestra región? ¿Si no fabricamos pan y vino, qué vamos a fabricar los castellanos? Estos problemas deberían ser resueltos previamente. Para los castellanos el tema fundamental es éste: ¿seguiremos cosechando trigo, uvas y remolacha o haremos de la región una tierra de pastos para criar lechazos o un inmenso coto de caza para que Europa se divierta?". / R. M. P.

Miguel Delibes: «El periodismo

Antonio Giménez Rico ultima el rodaje de su novela «Las ratas»

Miguel Delibes aguarda en Valladolid una llamada interior: la de un personaje nuevo urgiéndole a cobrar vida para desencadenar otra novela. El ánimo está dispuesto y la pluma estilográfica preparada para correr sobre el rugoso y absorbente papel que en «El

Lo dicen los libros de texto y los escolares lo repiten como muletilla: «Miguel Delibes, periodista y escritor». Siempre fue las dos cosas. Sobre todo desde que el Premio Nadal de 1947 le sorprendiera en la redacción de «El Norte de Castilla» —¿en qué otro sitio podría estar?— abriéndole de par en par las puertas de la literatura. Aquella novela de los 27 años, «La sombra del ciprés es alargada», inauguraría una extensa producción de más de cincuenta libros que han iluminado, literaria y también socialmente, el último medio siglo de España.

A Delibes le gusta pensar que el Nadal inauguró su carrera y que el Premio Cervantes, obtenido en 1993, la remató. Pero se equivoca quien, fiándose de sus palabras, piense que el escritor ha arrumbado la estilográfica. Hoy, a los 77 años, aún no ha dicho su última palabra. Y aunque confiesa que no le apetece escribir sobre la España de nuestros días, aguarda en su Valladolid de siempre el nacimiento de un nuevo personaje a quien dar vida. Sobre todo ahora que ha jubilado a Lorenzo, el protagonista de su reciente trilogía de diarios.

Algunos han querido ver en este Lorenzo de la trilogía un trasunto del escritor y en «Diario de un jubilado» el final de una autobiografía enmascarada, cosa que Delibes niega... aunque con matices.

Autorretrato

— Lorenzo, sobre todo en «El cazador», tiene mucho mío, pero no lo fundamental: su amor al campo, su devoción por la escopeta. En realidad no se trata de un autorretrato. Cuando Lorenzo cuelga la escopeta («Diario de un jubilado»), no tenemos ya nada en común. Lorenzo es el típico consumista atraído por los juegos y los concursos de la televisión, al que afortunadamente nada me une. Si hago algo a partir de ahora no será, pues, porque haya terminado de escribir mis memorias sino porque sale otro personaje que me pide vida.

— ¿Ya tiene preparadas para él las holandesas de papel prensa?

— Sí, claro. Si esto fallase tendría que dejar de escribir. Pero no son holandesas cualquiera, sino cuartillas sobrantes de las bobinas de «El Norte». Son más de cincuenta años haciendo lo mismo, ¿cómo empezar de nuevo?

— Sin embargo, usted está al corriente de lo que se cocina en Internet... ¿Siente curiosidad

por las nuevas tecnologías?

— No, ninguna. Únicamente me he metido en lo de Internet porque un desaprensivo me ha atribuido una frase publicitaria sobre su granja de perdices que yo no he pronunciado en mi vida y que viene a decir todo lo contrario de lo que yo pienso al respecto, y, además, no conozco su granja de perdices. Pero es muy complicado. En un periódico esto ya se habría rectificado, pero en Internet, no. Ignoro si porque es muy difícil o porque este fresco trata de jugar conmigo.

— ¿Qué hace a lo largo de un día «normal»?

— No hay dos días iguales. Lo que sí es fijo es que, si escribo, lo hago a media mañana, de diez a una. Por las tardes contesto el correo, voy al cine o a un concierto, leo y, después de cenar, veo un rato la televisión. Eurosport, con frecuencia.

— ¿Su relación con la naturaleza ha cambiado con la edad?

Un autor de cine

La obra de Miguel Delibes ha cautivado la imaginación de guionistas y directores cinematográficos desde los primeros años setenta hasta hoy. Once de sus novelas han sido llevadas a la pantalla grande. La primera fue «El camino», película que dirigió Ana Mariscal en 1962. La última, una adaptación de «Las ratas», que Antonio Giménez-Rico está acabando de montar estos días.

— Más de dos millones de españoles vieron en una sala de cine «Los santos inocentes», y muchos más en la TV. La dimensión de masas que proporciona una obra audiovisual, ¿le impone?

— No. Me gusta. Únicamente me impresionó el ahorcamiento del señor Iván, cuando la gente rompió a aplaudir inopinadamente. Yo no podía atribuir a Camus la violencia de la escena, pues era la que yo había empleado en la novela. A mí no me parece que una imagen valga por 1.000 palabras, lo que ocurre es que el cine habla más alto que la novela y ver una película no es un acto solitario. Con frecuencia se produce un contagio en la sala.

— ¿Piensa sus novelas en función de que puedan convertirse en películas?

— Nunca pensé una novela para hacerla después cine o teatro. Una vez hechas fueron saliendo, unas para un medio, otras para otro, y otras para ninguno. Pero fue siempre al margen de mi intención.

— De los directores que han

Norte de Castilla» aún reciclan para el escritor, aprovechando los restos de las bobinas. Mientras tanto, lee a Doblín («Berlín, Alexanderplatz») y a Telechea («Tiempos recios») y sigue de lejos el rodaje de su novela «Las ratas», que Giménez Rico ultima estos días.

— Sigo saliendo al campo, sigo cazando. La relación con el campo y la naturaleza solo ha variado cuantitativamente. Antaño cazaba de sol a sol. Hogaño, con dos o tres horas es suficiente. Me faltan energías.

— Sus siete hijos y diez de sus nietos le acompañaron a recibir el Premio Cervantes. ¿Qué significa para usted la familia?

— Mucho. Media vida, tal vez más. Porque lo admirable de estos chicos es que viven estos acontecimientos con ilusión, no como deber o imposición familiar. Quiero decirle que si yo, el día del Cervantes, no pongo un límite de edad, se hubieran presentado mis diecisiete nietos en Alcalá. Al doctorado «honoris causa» de Saarbrücken, en Alemania, asistieron también mis siete hijos y sus correspondientes cónyuges. Tenemos un sentido familiar muy profundo los Delibes...

— Dijo usted que el Premio Cervantes era «el remate» a su carrera literaria. ¿Siempre se debe pedir lo que se desea?

— Era así. Mi carrera literaria empieza con «La sombra del ciprés», aunque antes hubiera hecho algunos artículos y borratajos. El final de mi carrera noté que era el Cervantes, aunque haya escrito después algunas cosillas de diversos temas.

— ¿El término «remate» no lleva implícita una cierta resignación?

— Es una manera de hablar. No se pueden tomar las afirmaciones de uno a rajatabla.

El Nadal

— Ha recibido usted las más importantes distinciones del país: el Príncipe de Asturias, el Cervantes, el Nacional... ¿Cuál le ha gratificado más íntimamente?

— Le voy a ser sincero: el Nadal. Tenía 27 años y me abrió la puerta. Sin el Nadal no hubiera venido nada de lo que ha venido después. No es extraña mi predilección.

— ¿Cómo se vence la tentación de la vanidad?

— Yo no siento, creo, ninguna vanidad literaria. Hay cosas mías que encuentro bien, otras aceptables, y otras que hubiese sido más discreto no escribir. Ante los grandes genios que ha dado a luz la literatura mi aportación ha sido muy pequeña.

— ¿En la industria cultural de hoy vale todo con tal de vender?

— Esta parece ser la meta: vender. Hay que tener en cuenta que la editorial también es una industria. Los editores tienen en sus manos una parte de la cultura universal, pero no creo que haya ninguno dispuesto a renunciar a publicar un gran libro, a sabiendas

es el borrador de la literatura»

«No siento vanidad; hay cosas más que encuentro bien, otras aceptables y otras que hubiese sido más prudente no escribir»

de que lo es, por cuestión de dinero.

– Usted se ha mantenido siempre fiel a Destino. ¿Por qué?

– Entre mis principios está el de la fidelidad: a una mujer, a una ciudad, a un editor, a un periódico... Supongo que esto no está ni bien ni mal. Es genético.

– ¿Cómo nace la necesidad de la literatura en aquel joven y multocupado Delibes que hasta entonces había estudiado Derecho y Comercio, que daba clases y hacía caricaturas, que trabajaba en un banco...?

– Y aún olvida usted mis estudios de modelado durante la guerra en Valladolid. La verdad es que entre un dibujo, el modelado de una mano y un cuento no hay tanta diferencia como parece. La vocación literaria nació poco a poco.

– Desde entonces ha escrito usted más de cincuenta libros sin abandonar nunca la actividad periodística. ¿Compaginar periodismo y literatura tiene más ventajas que inconvenientes?

– El periodismo, lo he dicho muchas veces, es el borrador de la literatura. Incluso para algunas personas (Umbral, Vicent, Millás y otros que no me vienen ahora a la cabeza) es bastante más que un borrador. El único riesgo, creo yo, del ejercicio habitual del periodismo es que nos meta la prisa en el cuerpo y no acertemos a sacarla fuera. Nos convierte en unos escritores acelerados y al minuto.

– ¿Es legítimo utilizar el ruido de las tertulias acaloradas y el periodismo de crispación para vender?

– Son cosas distintas. El periodismo de crispación siempre es nocivo, mientras que las tertulias valen si son inteligentes. Lo inteligente, en líneas generales, sirve para vender, lo zafio no debería servir. Esa es la diferencia.

– ¿Vivimos tiempos de información sin límite o de desinformación de masas?

– La información hoy es muy abundante, lo que ocurre es que al 50 por ciento de la gente le basta con la de los telediarios y al 30 por ciento ni eso.

«El Norte de Castilla»

– ¿Qué prácticas periodísticas de hoy no habría tolerado usted en sus tiempos de director de «El Norte de Castilla»?

– «El Norte» sigue siendo respetuoso con los colegas, no se apoya en ningún partido, y ni sus redactores ni sus colaboradores suelen utilizar un lenguaje desvergonzado por sistema.

– Umbral dijo de usted que es «uno de los mejores escritores de periódicos de su generación». ¿Exageraba?

– Sin duda, exageraba. Pero es muy halagador oírlo.

– ¿Quiénes son los periodistas a los que usted sigue ahora con más atención?



– Los que escriben bien y los que conocen a fondo la política española de los últimos veinte años. Estos son especialmente interesantes, aunque a veces nos da la impresión de que pelean con el viento. En cualquier caso, la culpa no es suya.

Hombre, paisaje, pasión

– Permítame recordarle una frase suya: «Una novela requiere un hombre, un paisaje y una pasión». ¿Qué hombre, qué paisaje y qué pasión serían los elementos de una novela sobre la España de hoy que a usted le apetecería escribir?

– Bueno, está bien la coletilla porque a mí no me apetece escribir una novela sobre la España de hoy. Dando esto por supuesto, cualquier hombre, cualquier paisaje y cualquier pasión pueden servirnos para construir una novela.

– De los más de cincuenta libros que ha publicado, recomiende media docena a un lector no advertido.

– Así, de memoria, le voy a citar unos cuantos: «Las ratas», «Cinco horas con Mario», «Los santos inocentes», «Madera de héroe», «Señora de rojo sobre fondo gris», «Castilla habla», «Mi vida al aire libre» y «Viejas historias de Castilla la Vieja».

– Son numerosos los escritores jóvenes, y no sólo de España, que le reconocen como uno de sus maestros. ¿Reconoce usted a alguno como discípulo?

– Algún joven se me ha declarado como tal. Luego lo lee usted y tiene sus propios recursos, lo que escribe es muy personal. Así entiendo yo que debe ser la influencia en la literatura.

– Reflejar literariamente la dureza del tiempo que le tocó vivir, no debió de ser fácil desde el punto de vista «administrativo». ¿La censura funcionó en usted como acicate o llegó a frustrar algún proyecto?

– Una novela enferma, como «Aún es de

«El periodismo de crispación siempre es nocivo; en cambio, las tertulias valen si son inteligentes», afirma el autor de «El camino»

día», acabó matándola la censura. El libro tiene más de veinte cortes, alguno de varias páginas, y su endeblez de origen no pudo resistir la cornada. Años más tarde, cuando tuvimos ocasión de publicarla tal como había nacido, ni Vergés, el editor, ni yo, habíamos conservado el original. Mis otros encuentros con la censura fueron mucho más leves. A medida que el autor crecía, el rigor de la censura decrecía. Hubo alguna novela, como «Cinco horas con Mario», con la que yo salí a plaza directamente a torear. Y no se atrevieron con ella. Era 1967 y algunas cosas iban ablandándose, incluso por voluntad de los propios censores antes que la de sus jefes.

– Cuál fue la mejor función de teatro, de su teatro, que ha visto en su vida y por qué.

– La mejor no puedo decirle. Pero tanto las versiones, ya maduras, de Lola Herrera en «Cinco horas con Mario», como la de Sacristán y, luego Galiana, en «Las guerras de nuestros antepasados» me parecen memorables.

– ¿Los escritores de provincias siguen necesitando hoy, en la España de las autonomías, «ir a Madrid»?

– Ya no. Eso era antes. Yo creo que Paco Umbral fue el último conquistador físico de Madrid. Llegó con lo puesto y se metió a la capital en el bolsillo. Claro que otros, que quizá llegaron más tarde, no los conocemos porque no conquistaron nada.

Una mesa de ping-pong

– El lugar desde el cual se escribe, ¿confiere carácter a lo que se escribe?

– Cuando uno está muy concentrado en un tema, el lugar donde escribe no modifica lo que escribe, no le imprime carácter. Yo escribí «Cinco horas con Mario», una de mis novelas más tristes, sobre una mesa de ping-pong, en la provincia de Burgos, y con un valle hermoso en la ventana.

– Pregunta para el Delibes académico de la Española: ¿qué se puede hacer –y no se hace– para lograr el pleno reconocimiento internacional de la «eñe» en la informática?

– Pienso que esto debe ser un negocio de intelectuales y académicos. Y creo que ni aún así lograremos un reconocimiento internacional pleno de la «eñe». Cuando la industria está por medio y el mundo hispano es un cliente modesto no hay nada que hacer. Otra cosa será cuando el mundo hispánico, que necesita muchas «eñes», se desarrolle y sea un mundo potencial de 500 millones de clientes. Entonces a lo mejor los fabricantes de esos ingenios cambien de opinión, ya ve usted qué cosas.

Julio FERNÁNDEZ

TEATRO

El sur

CARLOS TOQUERO

Obra: Por el mar de las Antillas.
Lugar: La Nave (La Cistérniga)
Compañía: Teloncillo. Actores: Ana Isabel Gallego y Juan Luis Sara.
Música y canciones: Angel Sánchez.
Guión: Eduardo Zamanillo.
Escenografía: Juan Carlos Pastor.
Dirección: Angel Sánchez.

Este viaje a la fantasía que tiene como meta el mítico Sur funciona. Funciona a las mil maravillas. Hombre, aunque no dejo de manifestar mi extrañeza, admito que algunas compañías de teatro profesional den absolutamente la espalda al autor y ellos mismos confeccionen el texto. Ahora bien, de la misma manera que cuando quieren recibir lecciones de canto no van a la farmacia o cuando precisan un buen técnico de luces no acuden al fontanero, es lógico que para crear los textos acudan a un dramaturgo como ha hecho «Teloncillo» en este caso. Por eso, el mayor acierto de este espectáculo, lo que hace que tenga ritmo y que no haya lagunas entre las historias, los poemas y las canciones se lo deben a Eduardo Zamanillo quien ha estructurado muy bien este viaje fantástico.

Juan Luis Sara hace un magnífico trabajo, matizando muy bien la voz en cada uno de esos pintorescos personajes que encuentran en la mágica isla donde arriban. Ana Isabel Gallego está muy bien como Fermina y hace un fenomenal esfuerzo en las canciones que canta con bonita voz. Quizá esto sea lo que tienen que trabajar un poquito más, de todas las maneras la música y las canciones están muy bien y es un elemento fundamental en «Por el mar de las Antillas».

Otro elemento que funciona y potencia el espectáculo es la escenografía de Juan Carlos Pastor, como así el super-ojo, las narices y demás apéndices fabricados por Manuel Tamariz.

El espectáculo tiene una factura muy profesional y quisiera destacar dos momentos verdaderamente mágicos: cuando llegan a la isla y Juan Luis Sara se multiplica en diferentes personajes y cuando bajan al fondo del mar para encontrar su barco hundido. Está muy bien el diálogo de Ana con los innumerables animales marinos que aparecen en sombras chinas.

Me hubiese gustado ver cómo acogen los niños este espectáculo ya que acudió muchísimo público adulto. Y es lógico, pues «Teloncillo» es todo un mito en esta ciudad.

El escritor vallisoletano y Premio Cervantes, acaba de publicar «He dicho», artículos y apuntes

Miguel Delibes: «Me repele toda idea de protagonismo»

VALLADOLID.— El escritor Miguel Delibes, que acaba de publicar «He dicho», una colección de artículos y apuntes salidos de su pluma, aseguró ayer que «toda idea de protagonismo me repele» y por eso no escribo buenas memorias, «porque no considero importantes ni mi cabeza ni mi vida».

Delibes admitió, haber recibido ofertas para sacar unas memorias, una sugerencia que ha desestimado,

ya que «la idea de escribirlas se produce siempre en una cabeza que se cree importante», informa Efe.

Sin embargo, en «He dicho», editado por Destino en su colección Ancora y Delfín, facilita «una serie de elementos con los que puede construirse un esbozo de autobiografía». «En este libro han influido más circunstancias sentimentales que literarias», explicó.

«Una revisión de papeles, algu-

nos viejos de muchos lustros, y otros no tanto, me llevaron a hacer una selección, y los escogidos, que forman «He dicho», obedecen a criterios personales».

El autor de «Cinco horas con Mario» y Premio Cervantes reconoció que en su obra hay una serie de constantes —como la naturaleza o la muerte— que emergen en «He dicho», «concretadas en mi persona o en mis amigos, y también esas

han sido, a lo que se ve, las constantes de mi vida».

Sobre la aportación de los artículos a su obra literaria, el escritor aseguró que «a veces la explican, otras la justifican, otras más establecen la relación de mi narrativa con el cine, y en algunas ocasiones, como en el reportaje que dedico a Rodríguez de la Fuente, por ejemplo, narro también un hecho en lugar de reflexionar sobre él».



El estilo

TRAJES, AMERICANAS, PANTALONES... CON UNA MÁXIMA A SEGUIR: LA ELEGANCIA. UN ESTILO MUY PERSONAL DE ENTENDER LA MODA Y DE VESTIR. DISEÑOS EXCLUSIVOS. COMPLEMENTOS QUE DAN ESA PINCELADA DEFINITIVA A UN ESTILO PROPIO.

TRAJE, **53.900.** CORBATAS DE LANA O SEDA, **4.500.** CAMISAS DESDE, **6.950.**



Moda Hombre

PLAZAS YA CONVOCADAS

- 1.300 Policía Nacional.
- 150 Policía Municipal Madrid.
- 2.500 Clasificación y Reparto.
- 250 Ayudantes Postales.

Presente su instancia antes día 20

Disponemos de Temario y clases

ACADEMIA CABALLERO

San Lorenzo, 11 - 28004 Madrid
 Tel.: 308.03.23 - Fax: 308.01.12.

SOLAMENTE en una ocasión he participado en un safari africano. Y no habrá segunda vez. Fue antes de que se declara-

rara venturosa y universalmente la veda del elefante, en una fecha que ni recuerdo con exactitud ni me apetece recordar. Guardo en la memoria sentimientos contradictorios de aquella experiencia: la belleza de la sabana ugandesa, la fealdad de esos pajarra-cos carnívoros -los marabús- que semejan caricaturas de la muerte vestida de frac, la imponente grandeza de las cascadas del lago Victoria, la fotografía que saqué de un león a tres metros (y que conservo como un trofeo), el letargo -solo aparente- de esos lejanísimos antepasados nuestros (o tal vez primos de primos de nuestros primeros ancestros) que son los cocodrilos del alto Nilo, duda familiar que deberé consultar con mi maestro y amigo el eminente biólogo Rafael Alvarado... y mi encuentro con Félix Rodríguez de la Fuente en aquellos lejanísimos e inesperados parajes.

Yo tenía la conciencia desasosegada. Acababa de matar, no sin cierto riesgo de mi parte, a un inmenso elefante. Aún más grave: había recorrido miles de kilómetros y gastado una fortuna sólo por el placer de matarle, o a otro cualquiera de su especie, indiscriminadamente. Y no estaba contento de mi hazaña. Cuando se realizó la cruel carnicería de arrancarle a hachazos los trofeos -patas para inmensas papeleras, orejas para maletines, y los grandes colmillos marfileños para presumir- las hienas, los inmundos marabús y otros pájaros carroñeros, nos rodeaban esperando que acabásemos nuestra siniestra labor, para cebarse en el coloso caído, rey indiscutible de la selva, pues contra él, salvo el hombre, ese gran depredador, ni el león se atreve.

Y teniendo, como digo, la conciencia maltrecha, me topé con Félix Rodríguez de la Fuente, el gran amigo de los animales, que encabezaba una expedición catalana -¡qué bella era una de las expedicionarias!- dedicada a fotografiar las maravillas zoológicas que la naturaleza conserva en libertad en sus reservas naturales: el «Hartebeest», o

DELIBES, RODRÍGUEZ DE LA FUENTE Y YO

Por Torcuato LUCA DE TENA

caballo con cuernos estriados como las columnas salomónicas, el «Uganda Kob», soberbio antílope con «grains de beauté», como dicen los franceses de las pecas; el jabalí berrugoso, con su jopo de hélice, o el león arborícola, felino con vocación de simio...

De suerte que yo me dedicaba a eliminar de la Naturaleza lo que era causa de contemplación y admiración para la noble curiosidad de los pupilos de Rodríguez de la Fuente. La mirada que me dirigió al conocer mi «proeza» se me clavó como una daga. Por eso mi encuentro con él fue poco más o menos como el de Francisco Javier con Iñigo de Loyola en la Universidad de La Sorbona: el manantial de mi conversión ecológica. Y hoy me ocurre casi, casi, como a los individuos de esas castas hindúes que antes de sentarse en el peldaño de un templo, limpian el suelo paciente-mente con un pañuelo, por no dañar una hormiga, una polilla o un pulgón.

Un gran amante de la naturaleza como es Miguel Delibes (aunque menos escrupuloso que yo -que tengo la fe del converso- a la hora de descolgar una tórtola) acaba de publicar un libro admirable «He dicho», en el que dedica un sabrosísimo capítulo a Félix Rodríguez de la Fuente. Lo titula «el magnetismo del doctor». Y no se lo voy a contar a ustedes, para que el que quiera leerlo, lo compre y lo pague, por no traicionar el espíritu de un próximo trabajo que tengo «in pectore» y que se titulará «Lo que gana un escritor».

Lo que sí adelantaré es que, con la maestría que caracteriza al autor vallisoletano, Delibes rinde un merecido homenaje a quien fue pionero en España de un género novísimo en nuestros páramos: el documental televisivo de la fauna ibérica, y, por extensión, de la mundial.

¿Quién que haya seguido sus admirables trabajos ha podido olvidar aquel insólito episodio de un águila imperial, observando desde su cazadero a un cervatillo, cazándolo después, y elevando el vuelo con la pieza entre sus garras?

¿O el traslado de una serpiente anaconda de once metros de las selvas venezolanas donde iba a perecer por falta de agua, a un lugar en que estaba asegurada su supervivencia? Todo ello requiere crear un equipo de ayudantes expertos, educarles en el profundo conocimiento del mundo animal que poseía su creador, formar artistas fotógrafos que sepan colocar las cámaras en su lugar y en el momento preciso, dirigirlos y escribir un guión adecuado...partiendo del cero absoluto. Pues en nuestro país no había antecedentes.

Voy a citar un único párrafo del libro «He dicho» de Miguel Delibes: «De Félix Rodríguez de la Fuente solían decir sus detractores que los documentos carecían de credibilidad porque operaba con animales domesticados. Y se quedaban tan frescos, como si el hecho de domesticar a una manada de lobos o a un águila imperial, fuera una tarea sencilla, al alcance de cualquiera».

Para mí, el que Rodríguez de la Fuente, contara entre sus «colaboradores» con águilas imperiales y lobos amaestrados,

acrece superlativamente mi admiración por su obra televisiva. Una obra truncada por su muerte prematura, en accidente de trabajo, en el lejano Canadá, cuando preparaba uno de sus nuevos, fascinantes documentales.

Y ahora, una consideración, que es además de un ruego, una invitación a una meditación sociológica. Cada país incluye en sus televisiones una serie de programas que tienen un trasfondo a veces económico, a veces político: o ambas causas a la vez. Tal acontece en Estados Unidos, con sus minorías de color, a las que hay que dar algunos espacios que las satisfagan y... de paso, ganar su clientela. Pero ¿me quieren ustedes decir, qué interés tienen para España -desde un punto de vista artístico, político o sociológico- las bazofias que se nos brindan diariamente sobre las familias morenas estadounidenses? Ninguna, salvo

que esos programas se vendan a precio de saldo, cosa que dudo, dadas las deudas multimillonarias de nuestras televisiones públicas. Ante chistes que no entendemos, situaciones ajenas a nuestro quehacer que no nos dicen nada, se oyen grandes risas y hasta carcajadas, de donde deducimos que tal engendro es de humos. Pero hasta las risas son falsas, pues pertenecen a la banda sonora.

Y, en tanto, se dejan en la cuneta, obras meritísimas españolas, o programas ya hechos, como los de Rodríguez de la Fuente que merecían ser reproducidos una y otra vez, por sus cualidades educativas, su apabullante belleza o la excelencia de su realizador.

He aquí una sola consideración, de las muchas que merecen ser extraídas, del último libro de Miguel Delibes.



T. Luca de Tena
de la Real Academia
Española

MUEBLES DE ESTILO
EN
CAOBA MACIZA
FABRICACION ARTESANAL PROPIA

!!! Se sorprenderá de los precios !!!

✓ COMODAS CLASICAS DE:

- 3 Cajones y Gaveta (105x45x95) 133.000 Ptas. (más I.V.A.)
- 4 Cajones y Gaveta (110x50x115) 162.000 pts. (más I.V.A.)

✓ Y TODA CLASE DE MUEBLES EN CAOBA

TodoCaoba

C/ Claudio Coello, 5 • 28001 - Madrid.
Tlf.: (91) 435 07 05 • Metro: Retiro

COSTA BLANCA
CHALET
INDEPENDIENTE
PARCELA PRIVADA
PRIMERA LINEA CAMPO DE GOLF
A 5 m. PLAYAS, DUNAS Y PINOS
7.950.000 Ptas.

96/542 02 11 . De 11 a 13 h.
908/07 66 13 . Srta Gloria López
TAMBIEN CHALET CON VISTAS AL MAR
por 6.850.000 Ptas.

¿LOS MEJORES PRECIOS? SOLO CON EL N°1

PRAGA

44.900 Ptas.

Salida 15 de Octubre. Regreso 21 de Octubre
Hotel *** - Alojamiento y Desayuno - 7 Días

PRAGA+BUDAPEST

54.500 Ptas.

Salida 15 de Octubre. Regreso 21 de Octubre
Hotel *** - Alojamiento y Desayuno - 7 Días

HALCON
VIAGES

460 oficinas propias
a su servicio en España.
Teléfono de Información:
902.300.600

CALEFACCION

LE GARANTIZAMOS

EL MEJOR PRECIO
O LE ABONAMOS LA DIFERENCIA

Roca
25%

CEYCESA DESCUENTO
GALAPAGAR **858 18 23**



EL ESCRITOR EN SU CONTEXTO Miguel Delibes declara que le repele la idea del protagonismo en las memorias en referencia a su última obra.

“Hace bastante tiempo que no me ronda un personaje”

Miguel Delibes publica ‘He dicho’, una recopilación de artículos

Valladolid / EFE.— El escritor Miguel Delibes, que acaba de publicar *He dicho*, una colección de artículos y apuntes salidos de su pluma durante años, aseguró ayer que “toda idea de protagonismo me repele y por eso no escribo unas memorias, porque no considero importantes ni mi cabeza ni mi vida”.

Delibes admitió, en una entrevista a la agencia Efe, haber recibido ofertas para publicar sus memorias, una sugerencia que ha desestimado porque “la idea de escribir las se produce siempre en una cabeza que se cree importante”.

Sin embargo, en *He dicho*, editado por Destino en su colección Ancora y Delfín, facilita “una serie de elementos con los que puede construirse un esbozo de autobiografía”.

“En este libro han influido más circunstancias sentimentales que literarias —explicó el escritor—. Una revisión de papeles, algunos viejos de muchos lustros y otros no tanto, me llevaron a hacer una selección y los escogidos, que forman *He dicho*, obedecen a criterios personales”.

El autor de *Cinco horas con Mario* y Premio Cervantes reconoció que en su obra hay una serie de constantes,

como la naturaleza o la muerte, que emergen en *He dicho*, “concretadas en mi persona o en mis amigos, y también esas han sido, a lo que se ve, las constantes de mi vida”.

Sobre la aportación de los artículos a su obra literaria,

“He rubricado lo escrito hasta el día con la mágica fórmula de nuestros oradores del XIX: he dicho”

“Creo que si no se le presta un apoyo de forma inmediata al teatro desaparecerá en muy poco tiempo”

“En este nuevo libro han influido más las circunstancias sentimentales que las propiamente literarias”

el escritor aseguró que “a veces la explican, otras la justifican, otras más establecen la relación de mi narrativa con el cine, y en algunas ocasiones, como en el reportaje que dedico a Rodríguez de la Fuente, por ejemplo, narro también un hecho en lugar de reflexionar sobre él”.

Para Delibes “no está mal” que los escritores estén presentes en la vida pública a través de sus artículos y opiniones, ya que, añade, “el político cuanto más vigilado, mejor, pero esto no es esencial para la existencia de un poeta o un novelista, no añade nada, si no es una preocupación moral”.

Su última novela, *Diario de un jubilado*, la escribió a requerimiento de Lorenzo, su protagonista, pero ahora Delibes confiesa que “como a las chicas ariscas, hace tiempo que no me ronda un personaje. Seguramente me ven demasiado viejo”.

“Esto no quiere decir que no se vaya a presentar en cualquier momento, cuando menos lo espere y, en tal caso, tendré que atenderle narrando sus aventuras y construyendo otra novela”, añadió.

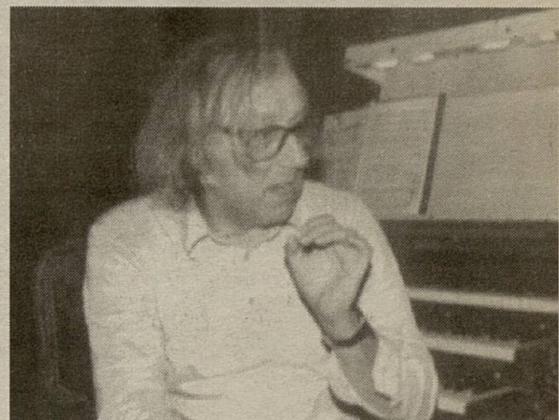
Por si esa ocasión no se presenta, “ahora —agrega Delibes— he rubricado lo escrito hasta el día con la mágica fórmula de nuestros oradores del XIX: he dicho”.

En este libro, al igual que en su vida, el cine ocupa un apartado destacado, como aficionado y como inspirador de numerosas películas. El escritor y académico mostró su satisfacción por que el realizador Antonio Giménez-Rico esté rodando *Las Ratas* en etapa, como Delibes quería, “ya que es una novela donde tanta importancia como los personajes tienen las estaciones”. Convencido de que el futuro del cine español está garantizado con “valores muy jóvenes tanto en la dirección, como en la interpretación, o en dedicaciones más técnicas”, el escritor español con más adaptaciones cinematográficas de sus novelas defendió las subvenciones al séptimo arte.

“Me parece obligado. ¿Cómo? Hay mil formas de atar la burra y dejarla suelta, como dicen en mi pueblo”, subrayó, para añadir que “el cine exige ayudas oficiales para alcanzar una estabilidad, una firmeza en su edificio todavía tambaleante”.

A pesar de ello, el novelista aseguró que más que el cine, necesita ayudas el teatro, al que “si no se le presta un apoyo inmediato, desaparecerá en poco tiempo”.

CRÍTICA DE MÚSICA



ORIGINAL Zsigmond Szathmary supo enganchar a los leoneses.

Sorpresa húngara

TERESA VALBUENA

El inicio de la última semana del Festival de Órgano León le correspondió al organista húngaro Zsigmond Szathmary. El programa se compuso de un variado e interesante conjunto de obras de compositores, que salvo J.S. Bach, no son conocidos para el gran público, e incluso siguen vivos. La primera obra fue el “Alte ungarische Tánze aus dem 17. Jahrhundert” del húngaro Farkas (1905) en la que se pudo admirar la influencia del folclore magiar, rico en melodías y ritmos, donde el autor trata de adherir al órgano el componente popular. Resultó una obra ligera y no exenta de gracia y talento. A partir de este momento, el público comenzó a pensar que este concierto resultaría una sorpresa, como así fue. La segunda obra correspondía al “Preludio, Andante y Fuga” BWV 541,528 de J.S. Bach, para pasar a algo menos convencional como “Ki (lebensenergie), 1993” del contemporáneo Thomas Kessler (1939). Sin duda alguna, esta obra resultó el punto álgido de la velada. Después del barro-

co alemán de Bach, la Catedral entera se llenó de la más completa atonalidad, intensos “clusters”, glisandos, así como grandes silencios o notas únicas a manera de pedal. Los efectos, dentro de la más completa disonancia, fueron del agrado del público que supo entender la obra. Para terminar las sorpresas, Szathmary recreó a la audiencia con la “Sinfonía VI” Op. 42 del francés Charles-Marie Widor (1845-1937), compositor y organista heredero de la tradición de Bach, representante por excelencia del órgano sinfónico y creador de la sinfonía para órgano que supo jugar con el colorido y el virtuosismo.

Destacó por la naturalidad imprimida a cada obra y por la expresividad y brillantez técnica, tuvo el acierto de acercar a compositores poco conocidos

No cabe la menor duda que Szathmary sorprendió y agradó. Destacó por la naturalidad imprimida a cada una de las obras y por la expresividad y brillantez de su técnica. Cabe destacar la originalidad de la selección del repertorio, imantando al oyente y demostrando a todos que los compositores menos conocidos no tienen porqué ser elementos de “tortura”, sino de disfrute.

RESEÑAS

CINE Fallece Socorro Celada, madre del actor leonés Carmelo Gómez

Sahagún.- Ayer falleció en el Hospital Princesa Sofía de León, donde llevaba varios días ingresada, Socorro Celada, madre del actor leonés Carmelo Gómez. La madre del actor, último Premio Nacional de Cinematografía, falleció a los 63 años de edad y será enterrada a las 12 de la mañana de hoy en la iglesia de San Lorenzo de Sahagún, localidad natal del actor y a la que siempre se acercaba cuando sus múltiples compromisos laborales se lo permitían y que había repetido con frecuencia en las últimas semanas a causa de la gravedad de su madre. Carmelo Gómez acaba de rodar dos películas con Pilar Miró y con Emma Suárez de compañera de reparto.

■ ESCRITORES

Miguel Delibes: «El tiempo no me ha curado nada, todo lo contrario»

MADRID. (Colpisa, por Miguel Lorenci). Miguel Delibes se enfrenta al espejo de su propia palabra. Ha buceado en sus papeles del último medio siglo para rescatar aquéllos que le han parecido más «sensatos». El resultado es «He dicho», un libro caleidoscópico, fragmentario y de cierto aire testamentario. Fiel a sus costumbres —apenas ha cambiado la picadura por el emboquillado— Delibes se faja con Delibes sin dejar que la nostalgia gane la partida.

—Medio siglo de literatura y hora de hacer balance. ¿Le apetece?

—Hacer balance, cuando no es por quiebra de la empresa, es un deber anual. Mi balance es más que anual y quizá reunir en un volumen este puñado de notas, artículos y papeles (algunos con muchos años) me haya producido alguna nostalgia.

—El título concede al libro un aire testamentario —«He dicho»— ¿Deliberado?

—Es así. No es que sea una despedida prevista pero puede serlo. Yo no digo que no vaya a escribir más, pero pudiera ocurrir. Por si acaso, dejo todo rematado con este libro.

—En ese balance vital no hay sombra de un sólo enemigo. ¿Qué pasa, que no los eligió con cuidado como aconsejaba Oscar Wilde?

—Enemigos, lo que se dice enemigos, no tengo por qué tenerlos, no tuve ocasión de elegirlos ni bien ni mal. Habrá naturalmente muchas personas a quienes no gusten mis libros, pero esto no entraña enemistad.

Fragmentos

—El fragmento, Don Miguel, dicen que es uno de los géneros de este siglo. ¿Le parece así? Este libro es caleidoscópico, con muchos perfiles de varios «Migueles» Delibes distanciados en el tiempo y los intereses. ¿Con cuál se queda?

—En efecto, éste es un libro fragmentario: notas, recuerdos, respuestas a encuestas, pequeños discursos, artículos de periódico etc. Se trata de un pequeño rompecabezas, con mil pequeños entrantes y salientes, que yo ofrezco al lector para ver si es capaz de reconstruir con ellos mi biografía.

—El paso del tiempo. Hay quien dice que lo cura todo y hay quien dice que solo avejenta. ¿A usted qué le parece?

—A mí el tiempo no me ha curado nada. Todo lo contrario, me trae un achaque cada día, es decir, me avejenta. No es una queja, es una respuesta. Pero a pesar de todo sigo haciendo lo que hacía a los cuarenta años, moderando la medida: cinco cigarrillos con filtro en lugar de veinte de picadura y tres horas con la escopeta, en lugar de cazar de sol a sol.

—¿Es más fácil enfrentarse al recuerdo desde este recurso que desde una memorias? Le han tentado, seguro, para que escriba memorias. ¿Nunca ha cedido?

—Sí, me han tentado, pero siempre he logrado evadirme. La

■ «Me tientan para que escriba memorias, pero siempre he logrado evadirme», asegura el novelista autor de «He dicho»

decisión de escribir unas memorias personales presupone que uno se ha valorado y se considera, si no el ombligo del mundo, si al menos una persona importante. Este no es mi caso. No me considero protagonista, y sin esta idea previa en la cabeza lanzarse a escribir unas memorias es una decisión descabellada. Ahora bien, yo he vivido ciertos hechos o conocido a ciertas personas que pueden tener interés o gracia, pero para recoger estos retazos bastan unas pocas cuartillas.

Delibes frente a Delibes

—«He dicho» nos permite hacer «zapping», si acepta la bárbara expresión, si se lee con desorden. ¿Se puede «zappear» por los distin-

tos canales de la mente de Miguel Delibes?

—Sí, probablemente es así. Y si hablamos de obsesiones, aficiones o preocupaciones en lugar de canales, la afirmación sería rigurosa y exacta.

—¿Se percibe uno de otra manera cuando se pone a ordenar papeles tan dispersos? ¿Cómo se percibe Miguel Delibes cuando se enfrenta a Miguel Delibes?

—Creo que con rigor, con objetividad, ya que para sacar a flote treinta anécdotas o pequeñas cosas he desdeñado muchas más. He mirado un montón de papeles uno por uno y de una gran parte me he dicho a mí mismo: «estúpidos», y de otros: «pueden valer». De entre éstos he sacado el libro.

—¿La nostalgia la carga el dia-

blo?

—Yo entiendo que cada uno carga la suya, aunque lo mismo pienso de la escopeta, y el pueblo, que es sabio, dice que muchas veces la carga el diablo. Vaya usted a saber quién tiene razón.

—¿Le asalta la tentación de reescribirse?

—No, no, de ninguna manera. Lo que ocurre es que cuando uno relea ciertos renglones escritos un día por él, unos los encuentra torpes y otros aceptables. Miguel Delibes no gusta casi nunca a Miguel Delibes. Casi siempre piensa que puede hacerlo mejor. Me ocurre lo que a Induráin, unos días tengo la chispa y otros no.

—Se dice creyente, pero ¿cómo son el cielo y el infierno en los que cree?

—Estas cosas, al llegar la edad adulta, se hacen muy imprecisas. Una forma de cielo podría ser aquella en que vagos conceptos, apenas intuídos hoy —paz, felicidad, justicia, Dios— tomaran expresión clara y permanente. El infierno sería, naturalmente, todo lo contrario.

—En su obra la muerte es un tema recurrente. ¿Le da ahora muchas vueltas?

—Le he dado y le doy muchas vueltas a la idea de la muerte, al final inevitable. Y lógicamente la reflexión es más frecuente a medida que uno se aproxima a ella, aunque ignore cuándo llegará.

Jugar de farol

—Afirma que aspiraba a vivir en sus personajes. ¿Alguna vez ha charlado con ellos de tú a tú después de novelarlos, cuando ya estuvieron incorporados al imaginario colectivo?

—Muchas veces. En ocasiones he dialogado tanto con ellos que lo que era una novela se convirtió en tres: Los Diarios. Escrito el primero no acerté a desentenderme del personaje y tuve que darle una segunda oportunidad. Treinta años después torné a darme vueltas en la imaginación, volví a ver el mundo y la vida a través de sus ojos y no me quedó más remedio que escribir el «Diario de un Jubilado». Pero esto es excepcional. Lo ordinario es libro terminado, carpetazo. A otra cosa mariposa.

—¿Tiene más vicios ocultos que su confesa afición al póquer, en especial a jugar de farol?

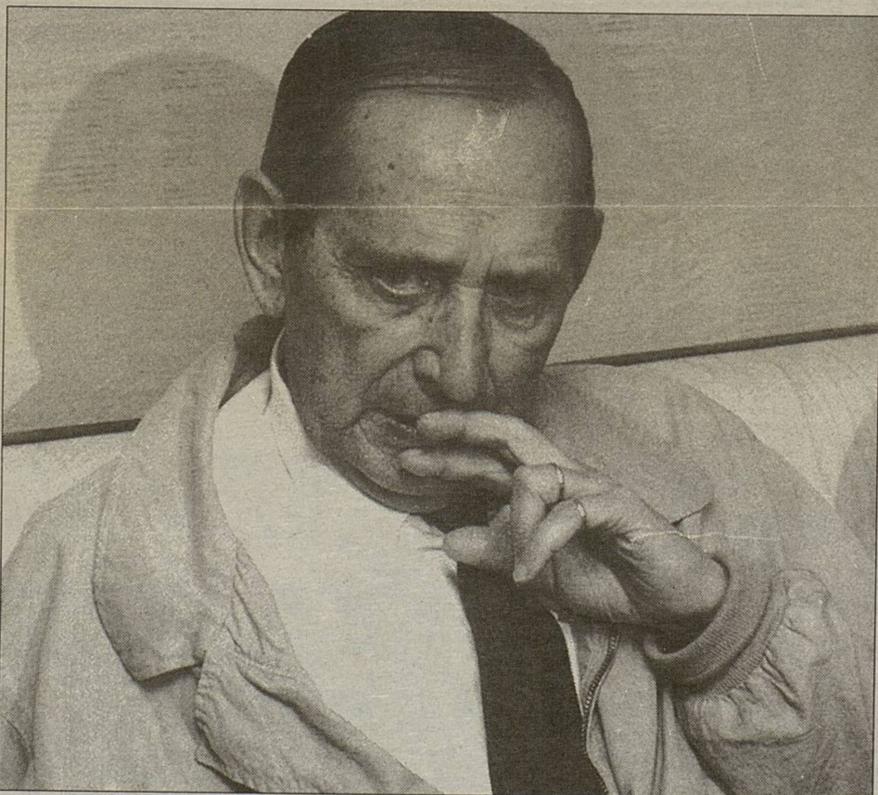
—Hay otros, claro, pero van a seguir siendo ocultos. Nos moriremos sin mostrar más que una parte de nosotros mismos. Eso se llama pudor.

—En la vida, ¿es primordial saber jugar de farol?

—Jugar de farol en la vida supondría muchos engaños, mentiras y fraudes. En la vida se debe jugar con la verdad por delante.

—¿Tiene la costumbre de reírse de sí mismo?

—A carcajadas. Y no sólo me río, sino que me echo en cara mi pobreza de ingenio para alimentar mi risa. Eso tiene un grave inconveniente: acrecenta el sentido del ridículo y, en consecuencia, el hermetismo de quien lo practica.



El vallisoletano Miguel Delibes afirma que «He dicho» es un libro testamentario.

ARCHIVO

«Un idioma puede enfermar»

—Un joven de 17 años debería hacer, a lo mejor, algunas consultas al diccionario al enfrentarse con su libro (amarreta, chivalete) ¿Le preocupa la depauperación del lenguaje entre los jóvenes?

—Reducen el vocabulario, es cierto. Tienen muchas palabras comodín que utilizan a cualquier hora y en cualquier circunstancia. De todos modos, mis libros, al desaparecer la vieja cultura rural y con ella un riquísimo vocabulario, requieren a veces una consulta. Pero eso les ocurre también a los jóvenes campesinos que han sustituido la voz del abuelo por la televisión. Los jóvenes viven hoy lo mismo en el campo que en la ciudad.

—¿Un idioma puede enfermar?

—Puede enfermar, naturalmente. Los neologismos constituyen un peligro. Menos mal que las Academias de habla española se suelen poner de acuerdo para «traducirlo» juntas. Hay reuniones para ello.

—Ahora se publican fascículos para aprender a ser escritor ¿Qué opinión le merece?

—Todo lo que sea ayudar a la lectura y a la escritura me parece bien. Quizá con esos fascículos o esas clases no salga un genial novelista, pero probablemente mejorarán su redacción y su ortografía. No habrán perdido el tiempo.

«La inseguridad opera en muchos escritores de todas las edades»

Este Cervantes llamado Delibes padece casi la inseguridad del escritor novel y no acaba de matar «el gusanillo» periodístico. Siempre creyó que la literatura podía cambiar el mundo, pero asegura que ahora no se trae ninguna «historia» entre manos.

—Hace unos años para usted una novela era «una historia inventada encaminada a explorar las contradicciones que anidan en el corazón humano y, por tanto, requiere al menos un hombre, un paisaje y una pasión» ¿Estamos en las mismas?

—Más o menos. Las dudas se dieron al comienzo de mi carrera en que parecía que la alternativa se establecía entre «nouveau roman» o socialrealismo. Ambas fórmulas me parecían caminos cerrados y opté por el realismo pero atemperando su aspereza con el humor y la poesía.

—Sus novelas duermen una suerte de sueño de los justos (o injustos) antes de convertirse en letra impresa. ¿Tiene algún libro en esa «fase durmiente»?

—Ahora no, pero es cierto. Varios de mis libros durmieron años en un cajón antes de darles paso. Este mismo «He dicho», tiene retales de hace mucho tiempo, antiguos. La inseguridad opera sobre muchos escritores en todas las edades.

Gusanillo periodístico

—Me cuesta creer que no ande por su mente ese «germen» de otra historias.

—Sobre el germen no he hablado. Los gérmenes están en el ambiente. Y uno, un buen día, puede prender. Lo que le aseguro es que en este momento no estoy escribiendo otra historia.

—Es también un libro periodístico. ¿Persiste aún el gusanillo tras medio siglo de ejercicio de la profesión de «plumillas»?

—Persiste siempre, como persiste la ilusión de ver en letras de molde con olor a tinta lo que escribimos la víspera. El periodismo es una pasión siempre viva.

—Reconoce grandes avances en la profesión, aunque denuncia cierta propensión al escándalo. El patio periodístico ha cambiado de manera notable. A su juicio, ¿para bien o para mal?

—El progreso del periodismo ha sido para bien. Hay personas a las que les interesa desacreditar al medio y generalizan, pero la verdad es que el periodismo de investigación funciona y en los últimos veinte años nos hemos enterado de infinidad de cosas, que el poder deseaba tener tapadas, gracias a los periódicos. El amarillismo es el único peligro frente al que debemos estar en guardia.

—Me consta que sigue de cerca la dicha «prensa del corazón». Está preocupadísimo por Carolina y Estefanía. ¿Es así?

—Claro hombre, unas chicas tan monas! Sigo la historia del guardaespaldas y la alopecia de Carolina con apasionamiento y reconozco que estas muchachas no han tenido la suerte de la madre.

—¿Podrán defenderse y sobrevivir los periódicos en el siglo superinformatizado y electrónico que se nos echa encima?

—Sobrevivirán. Se dijo de la radio que era el verdugo del periódico y de la televisión que era el verdugo de la radio. Pero nadie ha sido el verdugo de nadie.

Miguel Delibes

Publica la recopilación «He dicho»

«La España rural ha dado un cambio tremendo en el que se ha sustituido al abuelo por la televisión»

Juan Marchán

(Fax Press)

— ¿Qué le ha llevado a recopilar en este momento los textos de «He dicho»?

— Un día me puse a revisar los papeles que no había mirado desde hacía mucho tiempo. Me entró cierta nostalgia y le eché valor para seleccionar las notas y los artículos que más me interesaban. Lo cierto es que ha sido una labor más sentimental que literaria.

— ¿Sigue manteniendo la promesa de llegar a jubilarse algún día como escritor?

— Hombre, la verdad es que el título de este último libro es un poco ambiguo. «He dicho» es la rúbrica con la que nuestros antecesores de los siglos XVI y XVII finalizaban sus discursos. Yo no me atrevo a decir tanto como que voy a jubilarme. Sería una tontería afirmar que no voy a escribir nunca más, porque si surge un personaje interesante que me inspire una historia, la escribiré.

— Seguro que todavía se le queda en el tintero algo grande que siempre quiso escribir y nunca ha llegado a hacerlo.

— No, realmente, he de decir que no. Tal vez tenga una idea dormida que en un momento dado podría despertarse con mis lecturas y mis películas.

— En los tiempos que corren ¿cuál es la relevancia tiene la España rural?

— La España rural ha dado un cambio tremendo. Antes era manual, artesanal, con sus estaciones, sus siembras, sus recolecciones, su trilla... Pero ahora, desde que existe la cosechadora, todos esos vocablos han perdido sentido. En el campo se ha producido una revolución que coincide con la sustitución del abuelo por la televisión. La vida de los jóvenes del campo coincide ahora con la de los jóvenes de ciudad. Lo malo de todo esto es que la cultura rural ha desaparecido por completo y no se le ha buscado un sustituto.

— Hay quien considera que es usted un novelista de raza ¿se puede calificar esto como un pipopo?

— Supongo que sí, aunque suena un poco a violento y temperamental. Creo que todos los escritores podemos decir que somos de raza, aunque cada uno tiene la suya.

— ¿Le gusta ver las películas de sus novelas?



DL
 Delibes, que nació en Valladolid el 17 de octubre de 1920, es doctor en Derecho y catedrático de Historia del Comercio. Fue durante años director de «El Norte de Castilla», en el que hoy pertenece al Consejo Asesor. Entre sus múltiples premios destacan el Nadal (1948), el Príncipe de Asturias de las Letras (1982), el Nacional de las Letras (1991) y el Cervantes (1994). Académico de número de la RAE desde 1973 y miembro de la Hispanic Society of America, es autor de medio centenar de libros.

Delibes cumplirá este jueves 76 años, con la honra y la tranquilidad de ser uno de los escritores más fecundos, críticos y directos de nuestras letras. Con un buen número de libros entre los clásicos del último medio siglo, este premio Cervantes obsesionado con la caza y la naturaleza, publica una recopilación de artículos y ensayos bajo un título que más parece una sentencia: «He dicho».

«Lo que más me preocupa es el futuro de la Tierra a corto plazo»

J.M.

— ¿Cuál es el problema que más le preocupa en el mundo de hoy?

— Soy un maniático de la contaminación y la ecología, y por eso lo que más me preocupa es el futuro de la tierra a corto plazo. Acabo de leer que la capa de ozono está más delgada que el año pasado y no sé dónde va a parar todo esto. Salvar la tierra es una tarea común en la que los grandes países deben llegar a un acuerdo y tener un gran empeño. Después de la reunión de Río de Janeiro no ha pasado nada, y tal como está la tierra debemos alertarnos.

— Dentro de unos días, este jueves, cumplirá 76 ¿con buen ánimo?

— No me gustan un pelo los cumpleaños porque si no existieran podría pensar que tengo menos años y podría sentir que soy más juvenil. Pero con la edad que tengo, no me quejo de mi forma de vida. No he dejado de hacer cosas, simplemente las hago de una forma más reposada. Sigo fumando, pero menos, sigo bebiendo, pero menos y sigo cazando, pero menos.

— ¿Se siente todavía periodista?

— Seré periodista hasta la muerte. Soy muy crítico siempre que leo algún artículo, alguna entrevista o algún reportaje. Además, en mis 55 años de ejercicio de periodista más o menos en activo, me he convertido en un lector empedernido de periódicos.

— ¿Es mejor o peor el periodismo que se hace en la actualidad?

— Sin duda es mejor, aunque el idioma utilizado en radio y televisión no sea perfecto. Es muy importante que gracias al periodismo nos hayamos enterado de muchas cosas de las que sin él no tendríamos conocimiento.

«Sería una tontería afirmar que yo no voy a escribir más»

— El mío es un caso curioso, porque no sólo me gustan sino que cuanto más las veo más contento estoy de ellas. Esto es, por ejemplo, lo que me pasa con «Los Santos Inocentes», que vi por quinta o sexta vez en televisión y me encantó. Descubrí cosas de las que no me había dado cuenta antes.

— ¿Ha notado cambios en la Real Academia de la Lengua Española

desde su ingreso en 1973?

— Claro que ha cambiado. Gracias a que ahora todo el mundo se interesa por la Real Academia (los gobiernos, la Casa Real...) su operatividad está mucho más desahogada, cosa que está muy bien porque de la RAE depende mucho el futuro del idioma. El régimen de vida ha cambiado bastante; antes éramos tan pobres que por cada sesión nos daban doscientas pesetas, mientras que ahora hacemos viajes y tenemos para algún que otro gasto.

«No he dejado de hacer cosas. Fumo, bebo y cazo, pero menos»

— ¿Y usted qué es lo que debería cambiar dentro de la Academia?

— Yo no soy quién para decir lo que debería cambiarse dentro de la Academia porque, la verdad, es que voy muy poco. Aunque si hay algo que sustituiría es al académico Miguel Delibes.



Palabra de escritor

HE DICHO.— Miguel Delibes.— Ediciones Destino, Ancora y Delfín.— 216 páginas.— Barcelona, 1996

MITXEL EZQUIAGA

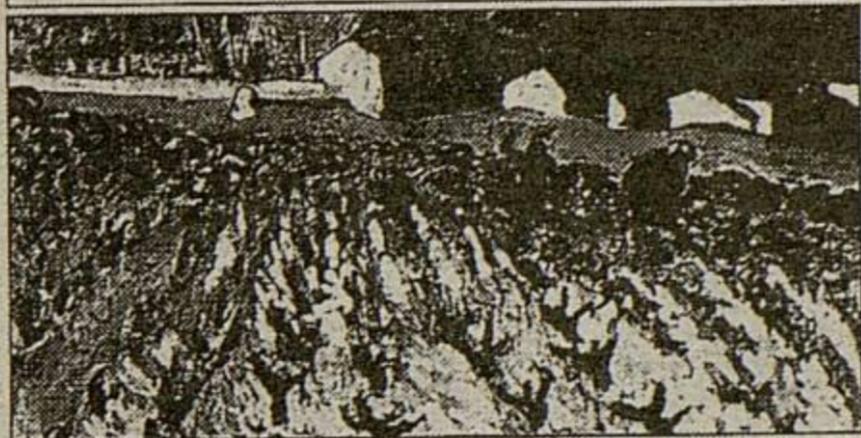
LEER a Miguel Delibes es siempre un placer. Es un tópico referirse al escritor vallisoletano como uno de los autores contemporáneos que mejor domina el castellano, pero como ocurre casi siempre, en esta caso el tópico es real. Delibes escribe un castellano claro y preciso, con esa aparente sencillez que es más complicada de lograr que los discursos barrocos.

He dicho es una recopilación de textos de Miguel Delibes: artículos de Prensa, conferencias, notas. En todos ellos se sobrepone la prosa hermosa y transparente del autor, y con un punto de vista siempre marcado por la honestidad personal. A estas alturas de la vida Delibes ha evidenciado una trayectoria independiente, honesta, serena y libre. Desde esa perspectiva y con ese brillante estilo el escritor repasa

en este volumen cuestiones como la caza y la ecología, la Unión Europea y el periodismo, el cine y sus amigos. El conjunto conforma una miscelánea que es como un retrato incompleto del autor, sus filias y sus fobias. Pero Delibes opina con humildad, sin levantar la voz y sin añadir moralejas. Escribe meditando en voz baja.

De todo el libro hay una pieza que atrea con especial intensidad. Es el discurso que pronunció cuando recibió el Premio Cervantes, un discurso que ya en su día suscitó una enorme repercusión: Delibes se sale de los lugares comunes y construye una lúcida reflexión sobre lo que ha sido su vida y su obra. Con una sinceridad envidiable el escritor augura que está en los últimos pasos de su vida y reflexiona sobre lo que ha sido su peripecia. «Pasé la vida disfrazándome de otros, imaginándome que ese juego de máscaras ampliaba mi existencia. Pero la vida, en realidad, no se ampliaba con los disfraces, antes al contrario, dejaba de vivirse, se convertía en una entelquia cuya única realidad era el cambio su-

Miguel Delibes
He dicho



Ediciones Destino *Áncora y Delfín*



768

cesivo de personajes». Delibes, invadido por la melancolía, declara que sólo aspira «a conservar la cabeza suficiente para darme cuenta de que estoy perdiendo la cabeza». Ha dicho.

"El Diario Vasco" — 19 ~~octubre~~ octubre 1996

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

El escritor vallisoletano y Premio Cervantes, acaba de publicar «He dicho», artículos y apuntes

Miguel Delibes: «Me repele toda idea de protagonismo»

VALLADOLID.— El escritor Miguel Delibes, que acaba de publicar «He dicho», una colección de artículos y apuntes salidos de su pluma, aseguró ayer que «toda idea de protagonismo me repele» y por eso no escribo unas memorias, «porque no considero importantes ni mi cabeza ni mi vida».

Delibes admitió, haber recibido ofertas para sacar unas memorias, una sugerencia que ha desestimado,

ya que «la idea de escribirlas se produce siempre en una cabeza que se cree importante», informa Efe.

Sin embargo, en «He dicho», editado por Destino en su colección Ancora y Delfín, facilita «una serie de elementos con los que puede construirse un esbozo de autobiografía». «En este libro han influido más circunstancias sentimentales que literarias», explicó.

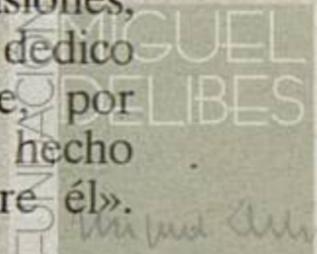
«Una revisión de papeles, algu-

nos viejos de muchos lustros, y otros no tanto, me llevaron a hacer una selección, y los escogidos, que forman «He dicho», obedecen a criterios personales».

El autor de «Cinco horas con Mario» y Premio Cervantes reconoció que en su obra hay una serie de constantes —como la naturaleza o la muerte— que emergen en «He dicho», «concretadas en mi persona o en mis amigos, y también esas

han sido, a lo que se ve, las constantes de mi vida».

Sobre la aportación de los artículos a su obra literaria, el escritor aseguró que «a veces la explican, otras la justifican, otras más establecen la relación de mi narrativa con el cine, y en algunas ocasiones, como en el reportaje que dedico a Rodríguez de la Fuente, por ejemplo, narro también un hecho en lugar de reflexionar sobre él».





HE DICHO

Una vez más, Miguel Delibes dice. Vuelve el escritor donde solía, es decir, sigue Miguel Delibes andando la naturaleza, la literatura, el pasado, los amigos y la condición humana. Y, como siempre, lo hace justo, comedido, exacto, claro y hondo. Delibes publica dentro de unos días, en Destino, un silencioso y

heterogéneo manojito de textos bajo el título general de «He dicho». Son textos breves, dispares y tan expresivos que, enhebrados, tejen una auténtica semblanza autobiográfica de su autor. ABC Cultural publica en esta doble página algunos de los textos más significativos de este libro último del escritor

EL MAGNETISMO DEL DOCTOR

DE Félix Rodríguez de la Fuente solían decir sus detractores que los documentales carecían de credibilidad porque operaba con animales domesticados. Y se quedaban frescos, como si el hecho de domesticar a una manada de lobos o a un águila imperial fuera una tarea sencilla, al alcance de cualquiera. Por otra parte, yo, que pasé junto a él unos días en su cuartel de Pelergrina, en la provincia de Guadalajara, puedo dar fe de la gratitud de dichas afirmaciones. Félix había montado allí, al aire libre, en una garganta umbría, sobre cuyos riscos volaban los buitres, un zoo en miniatura: lobos, águilas, búhos, grajas, halcones, picazas; pero estos animales, lejos de estar amestrados, mostraban su esquizofrenia en cuanto alguien se aproximaba a ellos. Quiero decir que los animales del doctor conservaban su vena selvática, lo único que ocurría es que Félix tenía sobre ellos una ascendencia, se les imponía. Esta autoridad, que con cierta frivolidad se atribuye genéricamente al hombre en el seno de la creación, era un hecho en él: Rodríguez de la Fuente era el mamífero dominante en aquel pequeño mundo; era su rey.

Con ocasión de su muerte escribí sobre su difícil, por no decir imposible, sustitución, y el tiempo ha venido a darme la razón. Pero al decir esto yo no me refería tanto a sus conocimientos de la fauna como a su manera de exponer los temas, a esa suerte de magnetismo que emanaba de su persona. Félix tenía fe en su palabra pero además sabía comunicarla y es indudable que nadie convence tanto a un auditorio como aquel que se cree lo que está diciendo. Y el doctor se creía cuanto decía,

«¿POR qué los escritores de Valladolid —precisamente de Valladolid— son tan proclives a la soledad, al retiro, desdeñan el protagonismo, la proyección social, quieren ser sin estar? Hay dos categorías de artistas, los que hablan de aislamiento y no se aíslan y los que se aíslan sin hablar de él»

incluso cuando afirmaba que el lobo no era un animal sanguinario. Luego, su voz apasionada, notoriamente enfática, nos envolvía, predisponiéndonos a aceptar desde las inflexiones iniciales la totalidad de su discurso.

Esta fuerza atractiva de Félix se evidenciaba también en el campamento al que más arriba he aludido. Y no es que el doctor hubiera desbravado uno a uno a aquellos animales, de por sí indóciles y muchos de ellos agresivos, sino que en su presencia ellos se empequeñecían, aceptaban su autoridad, capitulaban. De esto a afirmar que podía hacer con ellos lo que le diera la gana media un abismo.

SOBRE este particular guardo dos sabrosas anécdotas de aquella visita que revelan la influencia de Félix sobre sus irracionales colaboradores. La primera de ellas se refiere precisamente al lobo, a la camada de cuatro lobos que le trajo mi hijo Miguel de la Cabrera (León) y que vivía en holgada cautividad, tras una alambrada, en

el fondo del campamento. En su afán de mostrarme todo, de que apreciara la fuerza, la gracia natural de aquel su pequeño mundo, Félix me preguntó si me apetecería ver correr a los lobos en libertad. Aunque con cierto recelo le respondí que sí y, mientras mi hijo, él y yo nos escalábamos en la ladera de abajo a arriba, su camino habitual, un ayudante les dio suelta en tanto otro, desde la línea más alta del cordal, les anunciaba con un cuerno de caza la hora del almuerzo. Los bichos salieron desahogados, en fila india, hacia la pequeña silueta que se dibujaba a contraluz en lo alto de la colina, alocados, ajenos al entorno, sin reparar en nuestra presencia. Pero súbitamente, el último, quizá menos hambriento o debido tal vez a que es cierto ese dicho de que el miedo del hombre atrae a los animales, se detuvo, miró a un lado y a otro, y desdeñando el sonido del cuerno, se vino directamente hacia mí. No es necesario decir que aquella mirada amarilla, relampagueante, que se cruzó con la mía,

«EN medio de un gran silencio, entre dos luces, el doctor se dirigió hacia ella hablándole en un lenguaje melifluo e ininteligible, tratando de dominar con la palabra su desconfiada selvaticidad, hasta que, finalmente, la rapaz apaciguada admitió la caperuza en su soberbia cabeza»

no me apaciguó en absoluto. Y, a medida que el animal se aproximaba, mi alarma iba creciendo, hasta el extremo de que, como esos niños asustados que en la alta noche recurren a su madre para ahuyentar a los fantasmas, yo apelé al doctor, y sin mover un músculo de la cara, sin abrir apenas los labios, le silabeé:

—Félix, ¿qué hago?

—¡Quieto!— ordenó él, contundente.

Y allí me quedé, tieso como una estatua, inmóvil, hasta que el lobo, con las orejas erguidas, empezó a olisquearme los tobillos, luego las corvas, las rodillas, acompañando su quehacer de unos resoplidos inquietantes. Su exploración era tan concienzuda, tan obstinada, que nuevamente recurrí al doctor, pero sugiriéndole la posibilidad de tomar la iniciativa:

—Félix, ¿le pego una patada?

—¡Quieto!— ordenó perentoriamente el doctor, pero como quiera que el lobo retornaba a husmear mis tobillos con el evidente propósito de resolver de una vez por todas si yo era o no comestible, inquirí con un punto de zozobra en mi voz apenas modulada:

—Pero quieto, ¿hasta cuándo?

Justo en ese momento volvió a sonar el cuerno, el animal levantó la cabeza, miró un instante a Félix, volvió grupas y se lanzó ladera arriba desdeñando el bocado de mi canilla, como si yo nunca hubiese existido.

La tarde de ese mismo día, Félix nos llevó a ver volar el águila imperial a unos kilómetros del campamento, allí donde la angostura del desfiladero se trocaba en un valle apacible. El doctor se apeó del todo terreno con el hermoso pájaro en el antebrazo, como los viejos cetreros, y allí, entre las carrascas, le liberó del capirote. El bicho oteó en derredor calmosamente, todavía deslumbrado y, al cabo, se

lanzó al espacio, alejándose de nosotros con solemne aleteo. Todos contemplábamos fascinados su vuelo fácil, eficaz, la armoniosa espiral que iba describiendo sobre nuestras cabezas. Sus movimientos eran raudos, majestuosos y en contados minutos se remontó tanto que, en contraste con el azul del cielo, el enorme pájaro no hacía más bulto que un gorrión. Así permaneció largo rato girando, describiendo grandes círculos, sin que nada le alterase, hasta que de pronto, sin motivo aparente —¿alguna presa invisible desde abajo?— se fue desplazando hacia el cordal, rebasó la cima y desapareció de nuestra vista. No quise mostrar abiertamente mi inquietud, por lo que le dije en tono de broma:

—Me temo que te vas a quedar sin águila imperial como yo me quedé sin abuela.

Él se reía confiado:

—Volverá, no te preocupes. Igual que se ha ido, volverá.

Mas el tiempo pasaba y el águila no reaparecía. Todos clavábamos los ojos en las cumbres del cordal hasta que el sol se puso y el color del cielo fue pasando del azul al rojo hiriente para entonarse, al fin, tenuemente en un rosa amarillento. Amagaba el lubricán. Hacía hora y media de la deserción del pájaro y el doctor no disimulaba ya su nerviosismo:

—No lo comprendo. Nunca me pasó una cosa así.

—Y ¿no se puede hacer nada?

—Nada. Esperar.

MINUTOS más tarde, contra el suave resplandor del crepúsculo, sobre las crestas negras de la cordillera, surgió un punto oscuro que fue desplazándose pausadamente en círculos, buscando poco a poco la vertical sobre el grupo:

—Ahí está —voceó Felix con entusiasmo mientras uno de sus ayudantes lanzaba reiteradamente al aire un señuelo de cuero y madera.

El pájaro sobrevolaba el valle con un aleteo imperceptible, como si fuese la brisa quien lo arrastrara. Y, súbitamente, picó, entró en barrera. Adelantó la cabeza, estiró el cuello, frunció las alas hacia atrás y descendió en vertical a una velo-



«LA niebla se enreda entre las agujas de los pinos de Pino, baja la noche, pero el hermano Francisco no se altera, no da la luz: queda inmóvil, la mente aguda, la manta sobre las piernas, mirando la ventana que se apaga, sumido en sus lúcidas contradicciones»

cidad vertiginosa. La entrada en picado del águila, su frenazo de última hora y la subsiguiente toma de tierra, constituyó un espectáculo. En medio de un gran silencio, entre dos luces, el doctor se dirigió hacia ella hablándole en un lenguaje melifluo e ininteligible, tratando de dominar con la palabra su desconfiada selvaticidad, hasta que, finalmente, la rapaz apaciguada admitió la caperuzita en su soberbia cabeza.

En estos días en que se cumplen años de la muerte del gran divulgador he recordado a menudo los pormenores de aquella visita y he concluido que el secreto del éxito de Rodríguez de la Fuente no radicaba tanto en sus conocimientos y su oratoria, tan persuasiva, como en una suerte de magnetismo que irradiaba de su persona y que afectaba lo mismo a los ani-

males de su pequeño zoo de Peligrina que a los millares de admiradores que seguían semanalmente sus programas a través de la pantalla del televisor.

PACO PINO

¿POR qué los escritores de Valladolid —precisamente de Valladolid— son tan proclives a la soledad, al retiro, desdeñan el protagonismo, la proyección social, quieren ser sin estar? Hay dos categorías de artistas, los que hablan de aislamiento y no se aíslan y los que se aíslan sin hablar de él. ¿A qué categoría de las dos pertenecerá Paco Pino, el hermano Francisco, recluido en su retiro pinariego, en la modestia de una casa sin mujer,

sentado en su vieja butaca, la manta sobre sus muslos, sus ojos mates, gastados, fijos en el interlocutor, mientras las piernas se le enfrían (dice) como un sombrío presentimiento?

—No están frías, Paco; todavía no. ¿Por qué te empeñas en que están frías las piernas?

Tenía la sensación (dice). Las sensaciones de Paco Pino; sus contradicciones. Paco Pino se resiste a crear y crea. Aspira a ordenar estéticamente sus emociones, sin mostrarse. Prefiere ignorar que la poesía únicamente existe si hay un destinatario. Le impacienta la vida. Anhela morir pero no muere. Llama a la muerte y recusa el suicidio. Añora su fe de niño (aquellas ceremonias, aquellos cánticos, el colegio), pero le abrumba su carne; le aburre. Se niega a resucitar en ella. Aspira a un cuerpo nuevo, a un rostro nuevo, a un nuevo envoltorio. Un hombre distinto en el niño que fue:

—Yo no podría resistir este cuerpo eternamente.

La poesía no está escrita (dice). No debe escribirse. La palabra no es necesaria. La poesía está ahí, sobre nosotros, entre nosotros, como el aire (dice). (¿No es necesaria la palabra siquiera para decir que no es necesaria?). Y la poesía nos sobrevuela, pero él alarga la mano y la coge, la adereza, la muestra como si fuera una flor. Su clarividencia. No vive bajo los pinos; se desvive en poesía, «con un ramo en la boca, un rezo, un sol...». La niebla se enreda entre las agujas de los pinos de Pino, baja la noche, pero el hermano Francisco no se altera, no da la luz: queda inmóvil, la mente aguda, la manta sobre las piernas, mirando la ventana que se apaga, sumido en sus lúcidas contradicciones.

LA BOINA

(a la revista del mismo nombre)

LA boina (y lo que hay debajo), es el detonante, el fulgor, la base, la razón de ser, la cabeza en la cerilla. Todo lo demás es mango.

Miguel DELIBES